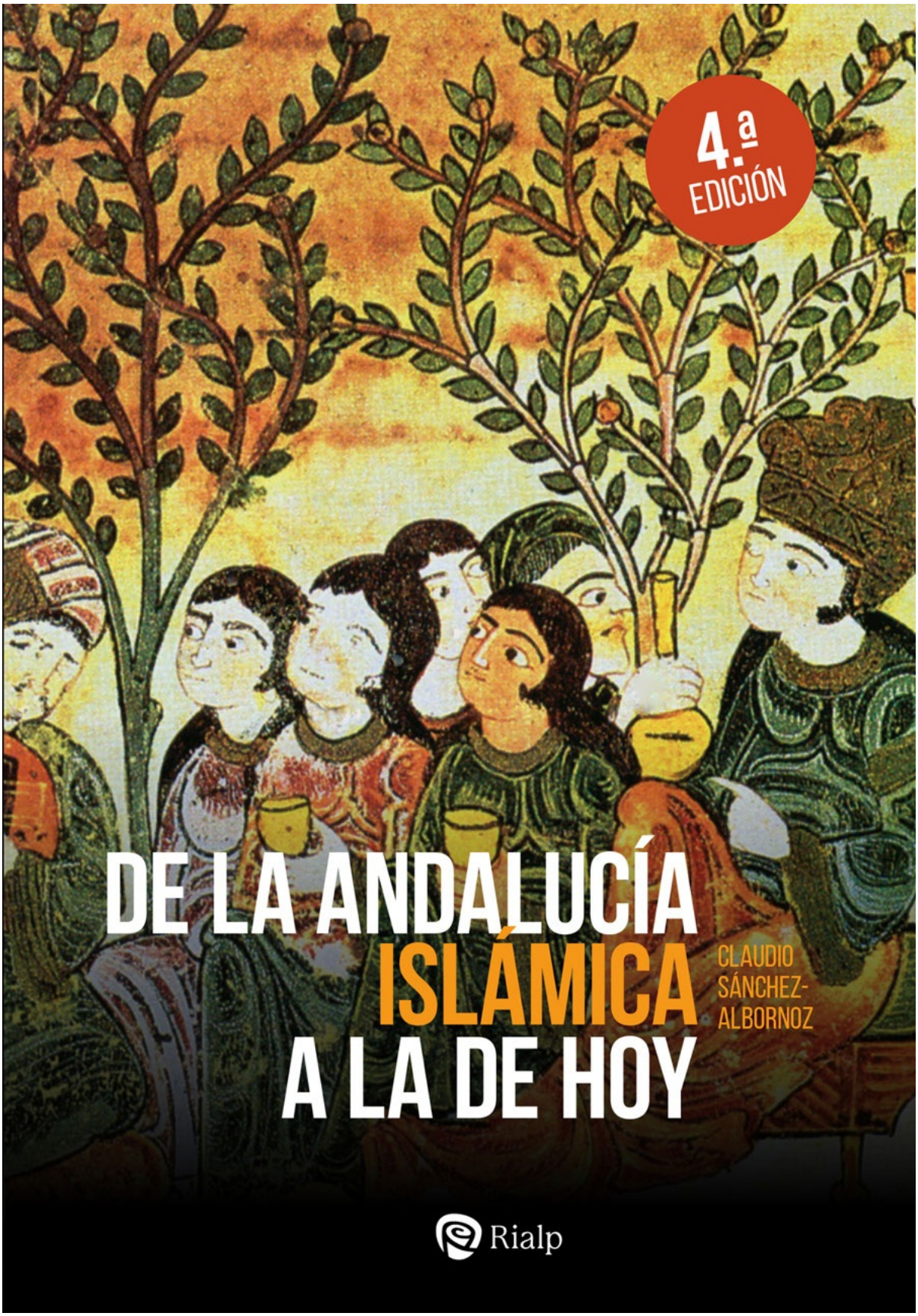
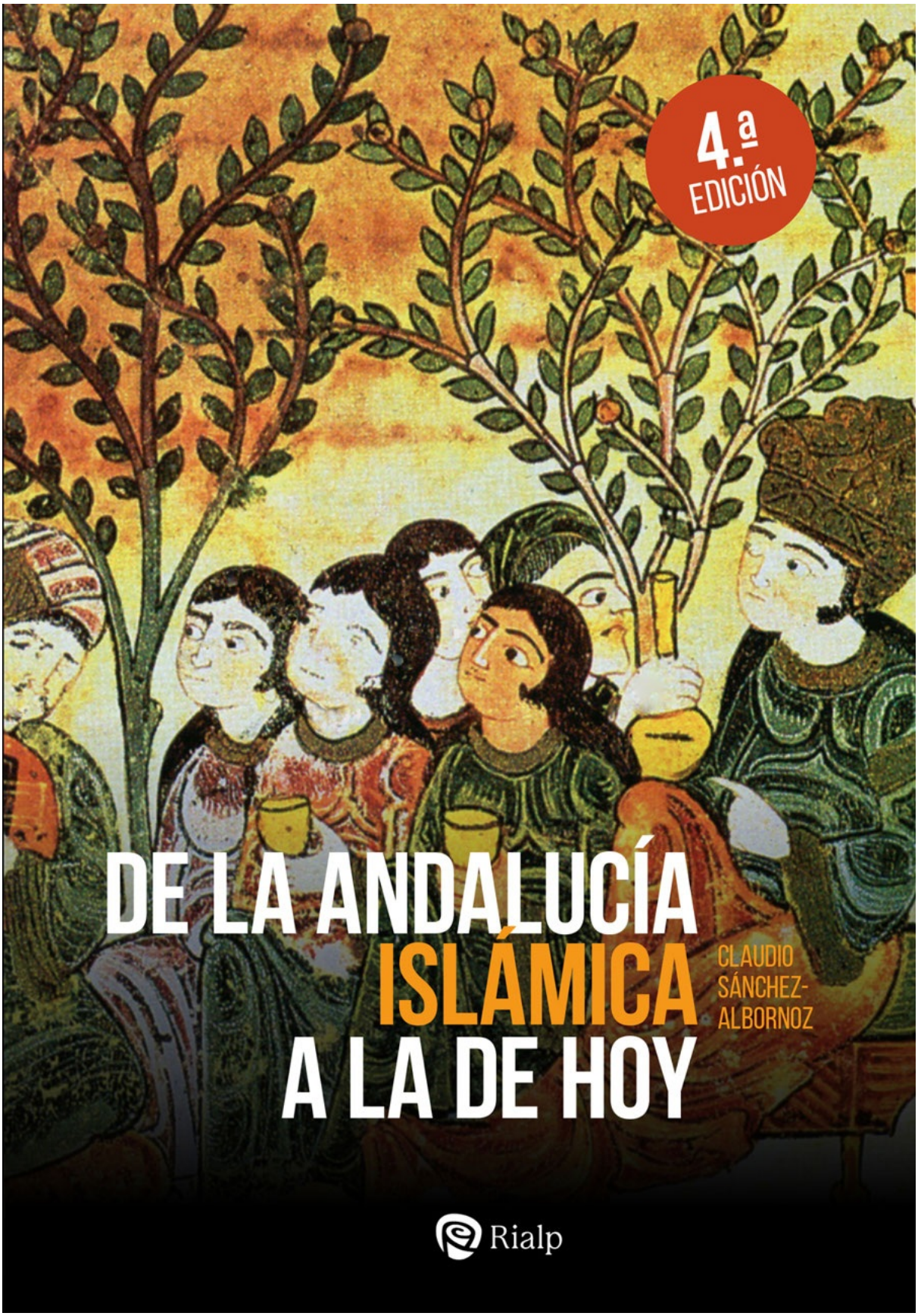

4.ª EDICIÓN
DE LA ANDALUCÍA ISLÁMICA A LA DE HOY
CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ
Rialp


4.ª EDICIÓN
DE LA ANDALUCÍA ISLÁMICA A LA DE HOY
CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ
Rialp

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

DE LA ANDALUCÍA ISLÁMICA A LA DE HOY

Cuarta edición

EDICIONES RIALP

MADRID

© 1983 by Claudio Sánchez-Albornoz

© 2022 de la presente edición by EDICIONES RIALP, S. A.

Manuel Uribe 13-15, 28033 MADRID

(www.rialp.com)

Preimpresión y realización eBook: produccioneditorial.com

ISBN (edición impresa): 978-84-321-6196-4

ISBN (edición digital): 978-84-321-6197-1

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

ADVERTENCIA

VELEIDADES ISLAMIZANTES EN ANDALUCÍA. RECONQUISTA DE LA RECONQUISTA

CONTRA LAS SEDUCCIONES ISLAMIZANTES. UNA LANZA POR LA ANDALUCÍA CRISTIANA

SUEÑO CRUEL: ESPAÑA SIN RECONQUISTA

¡Y SI LOS ISLAMITAS NO HUBIESEN INVADIDO ESPAÑA!

PROYECCIÓN DE LA INVASIÓN ISLÁMICA EN LA VIDA CULTURAL ESPAÑOLA

ANDALUZAS: OJO A LA VIDA EN EL HAREN DEL CALIFA

MÁS NOTICIAS SOBRE LA TRISTE CONDICIÓN DE LA MUJER EN LA ESPAÑA ISLÁMICA

ÁSPERAS VIDAS DE DISIDENTES Y DE INTELECTUALES EN LA ESPAÑA MUSULMANA

A LOS NUEVOS MUSULMANES ANDALUCES. RÉPLICA A UNA RÉPLICA

TEXTOS. ALGUNAS SOMBRAS DE LA ESPAÑA ISLÁMICA

LA JORNADA DEL FOSO. MATANZA EN TOLEDO

CRÍMENES PRINCIPESCOS

CRUELDAD EN LAS ALTURAS

AL-HAKAM I

FIN TRÁGICO DE HAXIM BEN ABD AL-AZIZ

EL HIPÓCRITA Y SANGUINARIO ABD ALLAH

PARRICIDIO CALIFAL

VENENO DE REYES

ALMANZOR. SU FALTA DE ESCRÚPULOS Y SU CRUELDAD AL DESHACERSE DE SUS RIVALES

ALMANZOR ORDENA LA EJECUCIÓN DE UNO DE SUS HIJOS

PERSECUCIÓN

ASTUCIA Y CRUELDAD DE AL-MUTADID DE SEVILLA

AL-MUTAMID, PRISIONERO

PERVERSIÓN

EL LUNAR

DESEOS

EL VELLO

LA MARGARITA

EL MANCEBO SASTRE

EL MANCEBO CARPINTERO

EL MANCEBO TEJEDOR

ODIO A CRISTIANOS Y JUDÍOS

DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO DE HÉRCULES EN CÁDIZ

TRISTE FIN DE UN HISTORIADOR POLÍTICO

AUTOR

ADVERTENCIA

DURANTE MIS PASADAS dolencias —¿pasadas?—, tendido en mi lecho, he tenido muchas ocasiones y mucho plazo para meditar sobre las noticias que me llegaban de España acerca de la actitud de muchos andaluces que se dejan seducir por el pasado islámico de sus tierras y ponen en paréntesis su integral españolía.

Me han ido informando de que en unos casos esa seducción era grata vice, es decir, espontánea ante las maravillas del arte hispano-árabe y ante algunos halagos culturales del ayer. Pero también me han señalado que, a veces, en tal seducción intervenían los dólares arábigos o, como se habría dicho humorísticamente en mi lejana juventud, que ella habría triunfado hanc metallicam propinam.

En ambos casos el éxtasis ante el ayer islámico contradice la realidad de la historia española en general, e incluso la historia hispano-islámica. Imposibilitado yo para continuar mis tareas eruditas por mi fatiga de estos días, me he dejado atraer por la facilidad que para salir al paso de los honestos errores o de las maniobras crematísticas señaladas me brindaban mis largas horas de irrealizable creación científica. Y heme aquí reuniendo los ensayos que he escrito para inclinar a los andaluces a la verdad de la historia. Para arrancarles de su cautiverio, espontáneo o no, por falsas ideas acerca de su ayer, y en defensa de su españolía integral y de los beneficios que su incorporación, ya multisecular, al caudal de la vida hispana ha procurado a su hoy y ha brindado a su mañana, dentro de la órbita histórica europea occidental.

No sé si habré logrado mi intención. Acaso no hayan sido muy leídos al sur de Sierra Morena los ensayos en que desarrollé lo sabido sobre la realidad de la historia andaluza. Por ello y por hispana devoción me he decidido a reunirlos en este librito con la intención de difundir la verdad de la historia de un magnífico jirón de la España integral.

Al releer estos mensajes quiero hacer constar que no me mueve ninguna hostilidad al islam ni a su acción en la historia hispana. En uno de ellos he destacado las proyecciones que la presencia del islamismo en España tuvo en la

forja del talante hispano y en el curso de nuestra historia. He llegado a escribir que si los musulmanes no hubiesen invadido España, los españoles no habrían conquistado América. A tal punto influyó la lucha contra el moro en la forja del talante hispano.

Deseo, además, que los lectores andaluces de estas páginas comprendan que no siento ninguna animosidad hacia su patria regional, tierra bellísima que me enamora como a todos los españoles del centro y del norte de la Península.

Solo aspiro a comprobar su plena españolía y sus servicios fecundos al hacer de España y de los hispanos y a hacerles olvidar las veleidades islamizantes que hoy padecen no pocos; veleidades sin justificación, pues descienden de los cristianos conquistadores norteños. Y deben a la Reconquista cuanto son y como son.

VELEIDADES ISLAMIZANTES EN ANDALUCÍA. RECONQUISTA DE LA RECONQUISTA

UN HISTORIADOR ESPAÑOL que ha visitado en enero Andalucía me ha enviado una serie de ingratísimas noticias. Encontró a Córdoba llena de carteles de propaganda islámica y se sorprendió de la cesión por el alcalde, para mezquita, del antiguo convento de las Clarisas. El de Granada y varios concejales se habían negado a participar en la fiesta de la Reconquista de la ciudad, por entender que se conmemoraba el aniversario de un día triste de la historia granadina. En Sevilla se habían repartido, al parecer, octavillas protestando del culto de una «secta» —la religión católica— responsable del asesinato de millones de musulmanes andaluces. Confieso mi irritación ante esas noticias. Estoy habituado a la estúpida negativa de que los largos siglos que median entre la batalla de Covadonga y la rendición de Granada deban llamarse Reconquista. He defendido muchas, muchas veces, la realidad de esa gran aventura cuyas proyecciones históricas han llegado hasta hoy. Sin la Reconquista, nuestra historia moderna sería inexplicable. Porque esa gran aventura afirmó nuestro talante nacional, conquistamos América y fuimos espada de Dios sobre la tierra.

Esas veleidades islamizantes de algunos grupos andaluces de hoy me han suscitado otrora algunas páginas y me obligan hoy a salir al paso de tantas falacias. Parecería que Andalucía es hija del islam y de la cultura islámica, y que la Reconquista estranguló una brillantísima realidad histórica por el islam creada.

Olvidan tales exégetas del ayer de Andalucía una realidad histórica innegable. Cuando en el año 711 los musulmanes conquistaron España, por la traición de una facción nobiliaria visigoda en Guadalete y por la ayuda de los judíos, Andalucía tenía más de mil años de magnífica historia cultural prerromana, romana y visigoda. Quedan espléndidas huellas de esas sucesivas civilizaciones, muy en contacto siempre con el Oriente, y quedan esas huellas no obstante la sistemática destrucción por los islamitas de sus milenarias maravillas.

Hoy sabemos, por ejemplo, que destruyeron el fabuloso templo de Hércules en Cádiz, en busca de tesoros.

Los islamitas conquistadores —unos millares de berberiscos y mucho menor número de aventureros orientales— no pudieron importar magnas novedades culturales porque no las tenían. Está probado que el arte hispanoárabe continúa viejas tradiciones andaluzas; incluso son preislámicos el arco de herradura y las bellas yeserías.

Fueron los españoles conversos al islam quienes crearon la civilización hispano-árabe. Los españoles que se convirtieron despaciosamente a la nueva fe mantuvieron vivas, décadas y aun siglos, sus viejas creencias en pugna a veces martirial con el señorío islámico. Pero poco a poco fueron aceptando el islamismo atraídos por las ventajas fiscales que su conversión les procuraba. Al convertirse, se eximían del pago de la chizia y del jarach, de las contribuciones personal y territorial. Muchas veces he formulado la misma observación. Si hoy se eximiera de impuestos a quienes se declarasen budistas, ¿cuántos millares de budistas aparecerían en el mundo por arte de magia?

He sentido una gran devoción por el pasado islámico español. Perdóneme que cite mis libros Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII, El Abjar Machmua, La España musulmana, El Islam de España y el Occidente..., obras de gran aliento y de gran extensión. En uno de mis últimos libros he trazado un vivo cuadro histórico que he titulado Un día en la Córdoba califal.

No he sentido jamás sino gran simpatía hacia la España islámica. Puedo afirmar dos convicciones anidadas en lo más hondo de mi mente y de mi corazón. La Reconquista salvó a Andalucía de ser una piltrafa del islam y de padecer un régimen social y político archisombrío. Y nada hay más dispar de la libertad ansiada por los andaluces de estos días que la organización de las sociedades y de la vida islámica.

Deliciosa imagen la de la Córdoba califal de hace mil años. Pero quien en un salto de magia pudiera acercarse hacia ella, hallaría las almenas de sus murallas coronadas por los cráneos de cristianos del norte y de rebeldes andaluces. Las tropas muslimes decapitaban a los enemigos muertos, heridos o prisioneros; cargaban sus cabezas en carretas e iban repartiéndolas por las ciudades de al-Ándalus como trofeos de victoria.

Espantan las crueldades que los emires y califas realizaron. En el año 807 tuvo lugar la matanza del Foso de Toledo, en la que cayeron centenares y centenares de moradores en la ciudad del Tajo ante el jovenzuelo hijo de Al-Hakam I y

futuro Abd al-Rahman II, que tuvo toda la vida un tic nervioso en un ojo por el terror que le produjeron las ejecuciones por él presenciadas.

En el año 818, la revolución del Arrabal. Los moradores de Secundq se alzaron contra el emir, al saber que uno de los hombres de su guardia había dado muerte a un bruñidor de espadas. Fueron vencidos y muchos fueron ejecutados. El Arrabal se sembró de sal y sus pobladores tuvieron que salir de España. Unos se establecieron en Fez, otros llegaron a Egipto, conquistaron Alejandría y luego Creta, atestiguando su valentía y su heroísmo.

El muchacho que presenció la matanza del 807 subió a la postre al trono. Docenas y docenas de cristianos sufrieron en sus días el martirio.

El emir Abd Allah, el califa Abd al-Rahman III y el gran Almanzor, que rigió a su grado la España islámica, hicieron cada uno de ellos ejecutar a uno de sus hijos, y el segundo de los nombrados asistió impávido a la estrangulación del suyo.

El mismo califa hizo crucificar cabeza abajo, en las orillas del Guadalquivir, a trescientos oficiales de su ejército acusados de no haberse batido heroicamente en las jornadas de Simancas y de Alhándega (939) y cabeza arriba a un jefe de origen hispano —un Banu Qasi—, al que además se cortó la lengua para que no pudiera maldecir al califa. Abd al-Rahman, mostrando su habitual crueldad, fue a verle morir; pero el bravo muladí logró lanzar un gargajo contra él y el soberano hubo de picar su caballo para no ser alcanzado.

No estaban libres y seguros ni los ministros y favoritos de los emires y califas. Hazim ibn Abd al-Aziz, omnipotente reinando Muhamad, fue ejecutado por orden del nuevo soberano, Almundir. Al-Mussafi, favorito y factótum de Al-Hakam II, fue asesinado por Almanzor. Y el hijo de este, Sanchol, lo fue durante las revoluciones cordobesas de principios del siglo XI.

En el curso de las mismas, aparte de las violencias padecidas por los cordobeses, fueron destruidas Medina Al-Zahra y Medina Al-Zehira. La ola de las habituales crueldades siguió subiendo durante la época de los taifas. El rey de Sevilla, Al-Mutadid, tenía adornado su jardín con las cabezas de sus enemigos convertidas en tiestos. Son inenarrables las atrocidades de los Ziríes granadinos. El sevillano Al-Mutamid mató a hachazos personalmente a su antiguo favorito.

Mancharon torrentes de sangre las tierras andaluzas durante la conquista y

dominación de Andalucía por los almorávides y los almohades. Y siguieron derramándola los reyezuelos islamitas de los últimos siglos. Recordemos la matanza de los Abencerrajes.

Los gobernadores o valles de emires y califas eran con frecuencia concusionarios. Abd al-Rahman III exigió a alguno participación en los ingresos mal habidos. E Ibn Hazam de Córdoba dijo que los de su época eran peores que los salteadores de caminos.

Los reyes de taifas que rigieron al-Ándalus fueron insaciables allegadores de riquezas, que alcanzaban mediante la explotación cruelísima de sus súbditos, e incluso mediante brutales rapiñas. Invito a leer las memorias del soberano granadino Abd Allah.

Quiero recordar también a los andaluces nostálgicos de la España islámica los mercados de esclavas a los que iban a parar las mujeres de sus harenes cuando sus amos se cansaban de ellas.

Y la triste vida de las que alegraban los serrallos de príncipes y magnates: muchas veces sus esclavas y siempre sometidas a sus excesos.

El citado soberano granadino confiesa que realizaban diez —diez, insisto— coitos diarios.

Y el gran arraigo de la homosexualidad. Abd al-Rahman III ordenó la ejecución del joven cristiano Pelayo —rehén en Córdoba— porque se negó a dejarse violar por él. Su hijo, Al-Hakam II, tenía poblado su harén, pero no usaba de él porque prefería a los efebos. Y podría seguir acumulando pruebas del arraigo de tal vicio. Abd Allah de Granada confiesa paladinamente en sus memorias su gusto por ellos, y no fue en tal debilidad una excepción. Los poetas les dedicaban poesías encendidas. Abundan las anécdotas a ellos relativas. Y no me atrevo a reproducir los archiobscenos versos de Ibn Quzman a ellos concernientes.

Y no debe olvidarse tampoco que fue muy cruel la situación de las clases inferiores, esclavizadas con frecuencia y sometidas siempre a duros y humillantes trabajos y a una impiadosa explotación fiscal.

No, amigos andaluces, abandonad vuestra nostalgia por la España islámica. Las maravillas de su cultura, de su ciencia, de su filosofía, de su poesía, de su erudición, de su arte están balanceadas por sus torpezas. Pero, además, quiero

recordaros fallos graves de su vida social y política.

Faltaba a las sociedades hispanomusulmanas, y en general a todas las sociedades islámicas, algo que triunfaba en la España cristiana norteña. Una concepción jurídica de las relaciones entre los hombres basada en el respeto a sus propios y recíprocos derechos. La ciencia, las letras, la técnica, el desarrollo económico no lo son todo en la vida de los hombres y de las naciones. Nunca conocieron los pueblos islámicos, nunca conoció la España musulmana, el sentido y el valor de la libertad política que los cristianos concibieron y lograron. Las ciudades moras andaluzas nunca soñaron en organizarse en municipios libres como los cristianos españoles, y nunca en limitar la autoridad regia; limitación por la que batallaron con éxito los moradores en los reinos norteños de la Península. La sociedad musulmana de España estaba condenada a la esterilidad como las otras sociedades islámicas parejas de Asia y África. Ahí están los pueblos musulmanes que han padecido una larga noche de siglos, una larga noche de barbarie, de incultura y han vivido sin gozar de las más mínimas libertades. Ahí están los pueblos islámicos que al despertar de sus tinieblas asombran y espantan al mundo occidental. Recordad la estampa iraní de un musulmán matando a un camello en una plaza de Teherán, en honra de Al-Jumainí, y la de otros degollando al mismo fin cientos de corderos, como podían haberlo hecho y lo hicieron hace muchos siglos en la España musulmana.

Porque la cristiandad triunfó en tierras hispanas pudimos los españoles realizar nuestras gestas americanas y europeas. Y pudimos crear la España del Siglo de Oro, mientras una nube de sombra cubría las tierras fíeles al islamismo y los islamitas seguían aherrojados.

El hombre para realizarse como tal ha ido, despaciosamente y zigzagueando muchas veces, recorriendo el áspero camino que le ha llevado a gozar de la libertad; de la libertad que no concibieron siquiera los hispanomusulmanes. He recordado muchas veces las palabras de Benedetto Croce definiendo a la historia como hazaña de la libertad, y las he apostillado afirmando que, a su vez, la libertad es la hazaña de la historia, porque los hombres la hemos ido conquistando en el curso de los siglos. Pueden algunos hoy admirar los regímenes comunistas que esclavizan a diversas comunidades nacionales. Esa realidad siembra de amenazas sombrías el mañana. La salvación del mundo está en que esas naciones evolucionan hacia una organización respetuosa de los derechos del hombre a disponer libremente de su vida.

Para mal de España entraron los islamitas en ella y para nuestro bien fueron vencidos y expulsados. Demos los españoles gracias a Dios por habernos librado del islam. Porque los cristianos norteños conquistaron sucesivamente las dos Andalucías: la del Guadalquivir primero y la granadina después, podréis vosotros, amigos andaluces, gozar de la autonomía política que ahora deseáis. Porque sois nietos de los conquistadores cristianos, podréis vivir autónomos dentro de España.

No, amigos andaluces, olvidad esas crueles horas de antaño. Vosotras, las Lolas, Cármenes, Rosarios, Anas..., las mujeres que cantara Manolo Machado, que iluminái s con vuestra gracia y hermosura la Andalucía de hoy, ¿queréis volver a ser objeto de placer en los harenes? ¿Queréis volver a los mercados de esclavos de otrora y de ahora?

Y vosotros, concejales que regís hoy las maravillosas ciudades andaluzas, no debéis olvidar que jamás habríais llegado a gobernarlas en una Andalucía musulmana. Las habrían regido los visires y favoritos de los príncipes, de los que probablemente algunos de vosotros habríais sido o seríais esclavos o a lo menos humillados servidores. Mientras vuestras mujeres o vuestras hijas no escapaban a veces al ludibrio de los harenes de los grandes. Solo ignorando la historia hispano-islámica y la historia hispano-cristiana habéis podido hacer y decir lo que habéis hecho y dicho.

Porque el islam fue expulsado de España podéis gozar de libertad y podéis alcanzar autonomía dentro de una España articulada federalmente, de modo que conforme a la clásica definición de Kant: la libertad de cada uno coexista con la libertad de los demás dentro de un régimen común de libertad.

En nombre de la Castilla norteña os abrazo: de la Castilla que en el año 974 había ya conseguido libertades de que nunca gozaron los moradores de la Andalucía islámica. En nombre de la Castilla norteña de la que emigraron al sur muchos, muchos, la mayor parte de vuestros lejanos abuelos. Y que siempre he sentido devoción por esa Castilla novísima que es Andalucía.

CONTRA LAS SEDUCCIONES ISLAMIZANTES. UNA LANZA POR LA ANDALUCÍA CRISTIANA

OTRA VEZ DEBO TOMAR LA PLUMA para salir al paso de las estulticias que se están escribiendo por quienes ignoran la historia medieval española y se aventuran a lanzar diatribas contra la gran aventura de la Reconquista y la expulsión del islam de España.

El auge económico de los países de la península arábiga, gracias a sus pozos petrolíferos, ha encendido tal entusiasmo en algunos españoles que se han lanzado a la desenfrenada loa del islam hispano. En ocasiones, como agradecimiento a la recepción de algunos miles de dólares.

Es explicable la pasión de los islamitas de hoy por la España musulmana. No lo es la explosiva y, a veces, tan explosiva como apasionada apoteosis del ayer arábigo de Andalucía por españoles con muchos siglos —a lo menos cinco— de cristianismo a sus espaldas. No lo es su llanto femíneo por la incorporación de Andalucía a la madre España.

He escrito ásperas páginas contra las veleidades islamizantes de algunos andaluces y las he escrito relatando con absoluto rigor erudito las ora sangrientas, ora vergonzosas, torpezas triunfantes en la España musulmana a lo largo de los siglos y la explotación a que estuvieron sometidos los más de los moradores en ella.

Para mal de España, conquistaron los islamitas la Península, gracias a la traición de una parte de la nobleza visigoda y a la entusiasta intervención de los judíos. Era lógico que los cristianos norteños procuraran reconquistar la patria perdida. Reconquistar he escrito, porque la porfiada lucha fue siempre eso: el dramático y multisecular batallar para expulsar al invasor o domeñarle.

No he de detenerme a reiterar lo que he escrito y demostrado muchas veces sobre la acuñación de nuestro talante nacional, en la secular batalla contra los musulmanes. Ese sacrificio fue fecundo. Por dos sendas paralelas. Porque en esa batalla se forjó el homo hispanus, que hizo la maravilla de la empresa americana, que nos dio preponderancia en Europa durante más de un siglo y que provocó la

eclosión cultural española del Siglo de Oro.

Pero aunque la batalla y el triunfo contra el moro no hubiesen forjado la magna España de la modernidad, siempre deberíamos agradecer a nuestros abuelos medievales su perdurable enfrentamiento contra los islamitas —enfrentamiento que muy justamente llamamos Reconquista— y la expulsión definitiva de ellos de la Piel de Toro en 1492. Ello, si meditamos sobre la historia islámica durante los siglos transcurridos desde entonces.

No siento ninguna hostilidad frente a la cultura islámica, no la siento frente a ninguna eclosión cultural cualesquiera que sean el pueblo a quien la debemos y la cúpula religiosa bajo la cual florece. Pero importa señalar que el islam, desde comienzos del siglo XVI, coincidiendo con su expulsión de España, ha padecido una noche de cerca de medio milenio. ¿Qué contribución cultural ha procurado a la humanidad desde esa fecha hasta ayer?

Sombras, espesas sombras, se han cernido sobre la vida espiritual de los pueblos islámicos hasta ahora. ¿Qué nombres famosos ilustran su crédito durante ese medio milenio? ¿Qué doctrinas jurídicas o filosóficas, qué hallazgos científicos, qué creaciones artísticas o literarias, qué maravillas técnicas honran a los pueblos islámicos a lo largo de esos largos siglos; de esos quinientos años que siguieron a la conquista de Granada por los Reyes Católicos?

Para bien de España se realizó la Reconquista que incorporó definitivamente mi patria a la vida cultural de Occidente y la permitió ejercer temporalmente maestrazgo sobre Europa. Para bien de España, de su vida espiritual y material, fueron expulsados los islamitas de la Península Hispánica. Gracias a esa expulsión no hemos sufrido la gran noche de la que aún no ha salido el mundo islámico.

La imagen de los pueblos islamitas de hoy es turbadora. No puedo detenerme a registrar su todavía triunfante barbarie. Es cruel el desnivel entre su vida cultural y su status político respecto de los que gozamos los occidentales. Del Irán hacia Occidente hallamos pueblos tristemente sojuzgados por caudillos o tiranos. Crueldades, estulticias, barbarie. Desconocen todo lo que constituye la esencia del demoliberalismo, básico en la vida de los pueblos de Occidente. Solo una leve esperanza de mejora aparece fugazmente en algunos pueblos islámicos.

Que no griten estultos españoles su dolor por la cristianización y civilización de

Andalucía, de una tierra favorecida por la naturaleza que explotaron cruelmente los musulmanes hasta el final de su señorío sobre ella —rapiñas, fiscalidad cruel, muertes, serrallos, homosexualidad...— como he demostrado otrora y nadie discute.

La cultura hispano-islámica es un recuerdo lejano, lejanísimo del pasado español. El arte hispano-islámico fue, según está probado, mera prolongación de la tradición hispánica premuslime. Y muchas de las grandes figuras del pensamiento y de las letras hispano-islámicas eran de pura estirpe española prearábiga.

Vengan enhorabuena a visitar y a gozar de España islamitas de los países de África y Oriente, que, sin hipérbole, podríamos decir que viven aún en la Edad Media. La tradicional hospitalidad hispana los acogerá amical y hasta calurosamente. Pero que no sueñen con pasar de huéspedes a conquistadores por grandes que sean sus riquezas.

Y vuelvo a remitir a mi ensayo «Veleidades islamizantes en Andalucía». No podrá ser rectificado. Que nadie alegue la tradición remota de la mezquita de Córdoba para convertirla en centro del culto musulmán. Fue originariamente un templo cristiano confiscado a los cordobeses por Abd al-Rahman I. Ha vuelto a ser lo que fue. Que nadie, nadie pretenda reconvertirla al culto mahometano. Ni siquiera pueden permitirse en ella oraciones islámicas. En 1453 los turcos ganaron Constantinopla y convirtieron en mezquita el gran templo de la cristiandad oriental: Santa Sofía..., y sigue siendo un lugar de culto musulmán. Y los islamitas de ayer armaron un escándalo cuando Paulo VI entró en el antiguo templo y se arrodilló para rezar un «Padre Nuestro».

No y tres veces no. Cortesía hispana con los islamitas que quieran visitar nuestra Andalucía; que tiene profundas e inarraigables raíces cristianas premuslimes. Recordemos los centenares de mártires con que la intolerancia islamita ensangrentó la Córdoba del siglo IX. Pero violencia, sí, violencia, contra los montos y contra algunos cristianos que pretenden volver del revés la manga del tiempo.

La Reconquista, nuestra magna empresa medieval, normal reacción contra la traidora invasión islámica de España; la maravilla de la Reconquista, ilustrada con increíble heroísmo, no solo forjó nuestro talante, nos hizo capaces de realizar nuestras hazañas americanas, conquistando el mundo nuevo para

España, para la civilización occidental y para Cristo sobre todo. La Reconquista nos llevó a ser la espada de Dios sobre la tierra frente a turcos y herejes. La Reconquista es la clave de la historia de España. Lo he probado de modo exhaustivo.

Confío en que los andaluces rechazarán las desaforadas pretensiones de los musulmanes petroleros o de los a ellos vendidos. Apenas quedan nietos de moros en la Andalucía del Guadalquivir, porque fueron integralmente arrojados de ella en el siglo XIII y fue repoblada integralmente —integralmente, repito— por cristianos del norte y del centro del reino de León y Castilla. Lo he probado otrora y nadie puede negarlo.

Espuma y gloria de España es Andalucía, crisol de gentes y de cultura. Tiene una personalidad arrolladora. Su sol, sus gracias, sus bellezas han conquistado a todos los peninsulares, que la juzgan como un paraíso. ¡Ojo, andaluces, no olvidéis vuestro ayer cristiano ya multisecular; no despreciéis vuestro hoy y poneos en guardia contra los nuevos conquistadores islamitas! Que los musulmanes llegados a Córdoba y a las otras ciudades de Andalucía sepan que no tienen nada que hacer, nada que esperar en esa tierra hispana, pese a la vergonzosa y humillante actitud de quienes se han dejado seducir por los dólares de los magnates petroleros e incluso han apostatado.

Cortesía, sí, la hispana cortesía; pero marcando a tales conversos el camino que debe llevarlos a África o a Asia. El islam llegó desde la India hasta las peñas de Covadonga..., pero fue expulsado de nuestra patria para siempre.

SUEÑO CRUEL: ESPAÑA SIN RECONQUISTA

MÁS DE UNA VEZ HE IMAGINADO en sueños aconteceres históricos que no habían tenido lugar, pero que brindaban una potencial cadena de infortunios o a lo menos de contradicciones frente a unas realidades ora cuestionadas, ora torturantes. Hace muchos años, en una calurosa y húmeda noche bonaerense, imaginé que no habían tenido lugar las matanzas de judíos en 1391, que, por tanto, no se habían convertido al cristianismo los abuelos de Fernando de Rojas, de Luis Vives, de fray Luis de León, de Teresa de Ávila, de Mateo Alemán..., y de los otros nietos de conversos que ilustraron la historia española de la modernidad. España habría perdido esas y otras diversas luminarias de su ayer cultural, pero ellos habrían sido puras sombras.

En fecha más reciente brindé la imagen de las andanzas —de las peregrinas andanzas— que habrían podido tener lugar en el museo del Prado una noche misteriosa, al instalarse en la magna pinacoteca la mamarrachada del Guernica. Supuse a los egregios pintores en él representados, desde Tiziano a Goya, acudiendo indignados en tropel a las galerías del museo, y a los personajes inmortalizados por ellos abandonando los lienzos en que habían sido reproducidos para, asombrados, contemplar el cuadro de Picasso.

Otra noche, en estos últimos días, mi sueño ha sido no menos extraño. Irritado por las veleidades islamizantes de no pocos andaluces de hoy, he soñado que la Reconquista no había tenido realidad y que vivíamos todavía dentro del mundo islámico. Los musulmanes habían vencido a Pelayo en Covadonga y habían aplastado toda resistencia a sus ejércitos en toda la Península. Toda ella se habría hallado sometida después a los emires y califas cordobeses y a los invasores africanos y habría seguido estándolo al islam a lo largo de los siglos. La imagen de esa España enteramente islamizada que triunfaba en mis sueños era cruelísima. Nunca se había descubierto el sepulcro de Santiago, no había surgido la leyenda del Apóstol Caballero, no habían tenido lugar las peregrinaciones a Compostela y la cultura de la Europa cristiana no había pasado el Pirineo. No se habían escrito ni iluminado las maravillas de los llamados Beatos. No se habían construido nuestros templos prerrománicos en tierras cantábricas ni los de estilo mozárabe al sur de los montes, ni después las iglesias y monasterios románicos y góticos. Nunca se habían alzado las grandes y bellas catedrales de Santiago,

Zamora, Salamanca, León, Burgos, Toledo, Barcelona, Sevilla... No se habían escrito el Poema del Cid, ni los otros cantares de gesta. No se habían redactado los fueros municipales que garantizaron las libertades de ciudades y villas de los reinos cristianos, ni habían surgido las Cortes, embriones de parlamentos. Y no podríamos recrearnos leyendo al arcipreste de Hita, a don Juan Manuel, al canciller Ayala, etcétera.

Mi sueño no hacía sino traer a la realidad de la historia torpezas, fallas y miserias. De haber reflejado la realidad histórica, islamizada perdurablemente toda España, habrían triunfado en ella las bárbaras crueldades que ensangrentaron en verdad las tierras musulmanas, torpezas que he detallado sin hipérbole en el primero de los ensayos que he dedicado al tema. Habría triunfado la homosexualidad, tan practicada en la España mora. España, la España cristiana, no habría podido cumplir su histórica misión de rodela y maestra de la Europa medieval.

Después no se habrían escrito la Celestina ni el Quijote; Lope y Calderón no habrían soñado con legarnos sus dramas y comedias; Quevedo y Tirso habrían guardado silencio; no habrían pintado el Greco, Velázquez, Goya..., no habría surgido la leyenda de don Juan, porque en las sociedades islamitas las mujeres se compran, se venden o se negocian, no se seducen. Y como no habríamos conquistado América, ni nuestra lengua ni nuestra cultura tendrían el vigor y la difusión logrados por las de nuestra España cristiana.

No se habría forjado el épico talante hispano, fruto de la Reconquista, talante que nos permitió realizar las maravillas de nuestras hazañas en tierras americanas. España no habría ejercido el liderazgo de Europa desde Ceriñola, Pavía y San Quintín hasta Rocroi. Habríamos permanecido al margen de las maravillas del Renacimiento y de la Ilustración. Nunca habríamos concebido ideales de democracia.

La España islamizada habría sufrido, como todo el mundo islámico, los quinientos años, el medio milenio de sombras y barbarie que han padecido los pueblos islamitas hasta hoy. Regiría España un bárbaro estúpido como Al-Jumainí o un cruel tirano como Al-Jadafí. Nuestras mujeres seguirían siendo pasto de harenes. En las plazas de nuestras ciudades se harían matanzas de ovejas o camellos en honra del bárbaro rector de turno. Jamás habrían podido desenvolverse en nuestra tierra las ideas occidentales de libertad y de limitación del poder soberano por los representantes del pueblo.

Frente a estas realidades no cabe hipertrofiar los frutos culturales de la España islamita. Nuestros escritores musulmanes no estuvieron sometidos a una crítica constructiva, sino al capricho del tirano. Recordemos la quema de libros de Ibn Hazam por orden de Al-Mutadid. Al gran poeta Al-Mutamid, tras ser rey de Sevilla, muriendo cautivo en África con grillos en los pies. A muchos prosistas y poetas hispanomusulmanes de muy diversos tiempos encarcelados y pereciendo ejecutados. Y las quemas ordenadas de ricas bibliotecas so pretexto de albergar libros heréticos.

No, amigos andaluces que añoráis el señorío islámico y despreciáis la realidad histórica hispana, meditad un momento en las maravillas de los frutos que la Reconquista cristiana produjo en toda España, incluso en vuestra tierra maravillosa que todos los españoles adoramos.

No olvidéis, además, que no descendéis de los musulmanes que otrora poblaron nuestra tierra, sino de los cristianos que la ganaron para la civilización occidental. Sabemos hoy con certeza, documentalmente, que Fernando III y Alfonso X expulsaron del valle del Guadalquivir a la morisma. Consta el vaciamiento de Córdoba y de Sevilla, y que esta estuvo tres días silenciosa y desierta, siendo repoblada por cristianos del norte como todo el país.

Manolo Machado se engañó al escribir: Yo soy como las gentes que a mi tierra vinieron: Soy de la raza mora vieja amiga del sol. No al grande y por mí muy admirado poeta; como la totalidad de los moradores de Córdoba y Sevilla, descendía de los repobladores llegados desde el norte cristiano, al cabo de los siglos calentados y transformados por el sol andaluz.

No confundáis las proyecciones de la luz y de la vida de la Andalucía eterna en vosotros, en vuestro talante y sentimientos con supuestas lejanas raíces islámicas.

Debéis sentiros orgullosos de vuestros abuelos conquistadores y de vuestra historia posterior. Orgulleceos de haber sido el puerto y la puerta de España hacia América. De que en vuestra tierra escribiera Góngora y pintara Murillo. Y de que otros como ellos iluminaran vuestras gestas y vuestra tradición, mientras los pueblos islamitas todos padecían una negra y larga noche; tinieblas de las que todavía no han salido y no hay indicios de que vayan a salir.

Comparad lo que esos pobres pueblos islámicos han hecho en el curso de medio

milenio con las maravillas de las gestas literarias artísticas y heroicas de España a lo largo de esos siglos, y sentíos orgullosos de ser españoles y agradecidos de la Reconquista.

¡Y SI LOS ISLAMITAS NO HUBIESEN INVADIDO ESPAÑA!

SI LA HISTORIA DE ESPAÑA es inimaginable sin la Reconquista del solar nacional frente a los poderes islámicos, me parece seguro que nuestro ayer y nuestro hoy serían inconcebibles sin la presencia del islam en nuestro ayer.

Imaginemos un punto que Tariq hubiese sido vencido en la batalla del Guadalete y obligado a regresar a África. ¿Qué habría sucedido en la Piel de Toro? ¿Cómo habría sido nuestro Medievo? Me falta imaginación para idear esa remota realidad histórica. Cabe parangonarla con la ultrapirenaica de los siglos VIII en adelante. No es imposible que, como en la Europa feudal de allende el Pirineo, se hubiese producido un fraccionamiento feudalizante en esa imaginaria España posvisigoda sobre cuyo destino discurro. No es imposible que al triunfar en ella las dos instituciones de la feudalidad, el vasallaje beneficial y el señorío, cuyas raíces en la España del siglo VII he descubierto, debilitándose la unidad regnícola, a lo menos temporalmente, hubiésemos seguido rumbos parejos a los de la Europa occidental. A más de producirse un reblandecimiento del ancestral ímpetu bélico de los peninsulares, faltos de ocasiones de perpetuarlo en batallas contra enemigos exteriores.

Pero España fue conquistada por los musulmanes y debemos a la presencia del islam en la Península no solo el curso de nuestra historia real, sino algunas proyecciones decisivas del cuajar de España y lo hispano y la acción de lo peninsular allende el Pirineo y en el Mediterráneo.

La cultura hispano-arábiga fecundó la Europa de ultrapuertos por su presencia en la Península, en pugna permanente, pero en contacto ininterrumpido con la vida espiritual de la España cristiana, que servía de fundamento y de trampolín para su proyección allende el Pirineo y para su contacto fecundo con la Europa abuela de la nuestra. Remito a las páginas que he dedicado al tema en mi libro El Islam de España y el Occidente.

No voy a repetirme y a detallar tales influencias. Pero me permito afirmar que sin la presencia del islam en España, si don Rodrigo hubiese vencido a Tariq y Muza no hubiese puesto los pies en nuestra tierra, no habríamos cumplido la doble misión de nuestro Medievo: no habríamos servido de rodela y de maestra

de Occidente. Como en el caso de que toda España se hubiese islamizado, si el islam hubiese permanecido al otro lado del estrecho de Gibraltar, nuestra acción histórica habría sido muy dispar de lo que ha sido. Naturalmente, no habrían cruzado el Pirineo los famosos traductores que entraron en España, quienes vertiendo al latín las creaciones de los hispano-islamitas y de los islamitas orientales provocaron el primer renacimiento del siglo XIII.

Pero no ocurrió lo imaginado. La España cristiana surgió de la batalla con el islam y en esa batalla se acuñó el talento hispano. Si antes he dicho que en una España totalmente islamizada no se habría producido el estallido cultural que caracterizó nuestro Medievo y nuestra modernidad, me parece seguro que sin la presencia del islam en la Península y sin la batalla de la España cristiana contra él no hubiese cuajado nuestro heroico talante que fecundó la modernidad. Es dudoso, mejor dicho, es increíble que hubiésemos ejercido hegemonía y maestrazgo sobre Europa y que hubiésemos llegado a ser la espada de Dios sobre la tierra.

Y si en una España totalmente islamizada y sin Reconquista no se habría forjado el heroico talante hispano que hizo posible, con nuestras empresas europeas, nuestra gran aventura americana, en una España libre por entero de la presencia del islam tampoco se habría forjado el heroico temperamento aventurero que nos llevó a descubrir, conquistar, cristianizar y colonizar América.

Fue la multisecular batalla entre islamismo y cristiandad en nuestra patria, desde Covadonga hasta Granada —del 722 al 1492—, la que hizo posible la proyección aquende el Atlántico de la España forjada en las jornadas de la Reconquista.

La Reconquista, clave de la historia de España fue el tema de una lejana conferencia mía en la Universidad de París. Cada día, cuanto más ahondo en el examen y en la meditación de nuestro ayer, más me afirmo en tales ideas. Ahora bien, la Reconquista fue una realidad, porque el islam señoreó parcialmente España durante largos siglos.

Si los andaluces son nietos de los conquistadores cristianos, como es absolutamente seguro, toda nuestra historia hasta ayer ha girado en torno de las proyecciones en nuestra vida, no solo de los contactos entre las dos civilizaciones, sino de la gran aventura de los ocho siglos de batalla contra el islam. ¿Por obra del azar? Yo me inclino a creer que por altos y misteriosos

designios del Altísimo, que eligió a un pueblo de áspero talante desde varios siglos antes de la conquista romana —recordemos que Roma ganó las Galias en una campaña de una década y tardó dos siglos en domeñar a España— para llevar a cabo la doble aventura de cristianizar a América y de ser su espada en los albores de la modernidad y aún después.

España y el Islam. En esa conjunción de tan múltiples facetas está la clave de nuestro ayer. Quizás las proyecciones de ese múltiple contacto pacífico y guerrero a la par pesan aún sobre nuestro hoy y acaso pesen todavía sobre nuestro mañana. Pero es absolutamente seguro que la mágica Andalucía, en la que están surgiendo estúpidas ideas y graves errores, ha sido un maravilloso fruto de la batalla ocho veces centenaria de la cristiandad contra el Islam y del triunfo de la civilización occidental, a la que debe la humanidad las maravillas de hoy, maravillas que contrastan con las sombras de las sociedades islámicas, ancladas en un ayer todavía sin mañana venturoso.

PROYECCIÓN DE LA INVASIÓN ISLÁMICA EN LA VIDA CULTURAL ESPAÑOLA

HE SEÑALADO ANTES las proyecciones favorables (?) de la conquista musulmana en la forja del talante hispano y en el curso de nuestra historia por las reacciones que produjo la Reconquista. Pero sería desfigurar la historia española no apuntar los complejos corolarios negativos y positivos que la invasión muslim acarreó en nuestro ayer lejano y cercano.

Comienzan apenas realizada la conquista. Muchos hispanos cruzaron los Pirineos huyendo del señorío islámico, y entre ellos grandes figuras humanas que ejercieron maestrazgo en la sociedad y en la vida espiritual carolingia. Los he registrado en mi libro El Islam de España y el Occidente.

En él he anotado las gestas espirituales y políticas de Teodulfo de Orleáns, san Benito de Aniano, Agobardo de Lyon, Claudio de Turín, San Pirminco... Todos de origen hispano, que hubiesen podido rendir grandes servicios a la cultura y a la vida pública de su patria española si la invasión islámica no les hubiese movido a abandonarla.

Recordemos que Teodulfo en los días de Carlomagno fue el mejor conocedor de las necesidades de la época «y el más hábil versificador de su tiempo», según los mejores conocedores de esta. A él se debió, además, la reforma de la justicia en la Narbonense.

Benito de Aniano era hijo de un conde visigodo, profesó en un monasterio en 780, restauró la austeridad de la orden benedictina e influyó poderosamente en la vida cultural y política de su tiempo allende el Pirineo.

Llegado de España, Agobardo de Lyon fue la gran figura espiritual de Francia en los días de Ludovico Pío. Su vehementia cordis se iguala con la que Plinio atribuye a los españoles. Orgullo y quijotismo rezuman sus obras religiosas y polémicas.

Claudio de Turín dirigió la reacción occidental contra las decisiones del segundo Concilio de Nicea sobre el culto de las imágenes.

San Pirminco había precedido a todos en su acción religiosa inspirada en la tradición espiritual y cultural hispanogoda.

Pero la conquista islámica acarreó otros graves daños en la vida espiritual de la cristiandad española septentrional. Se produce un corte radical de la tradición cultural visigoda en el reino asturleonés. Si no llegó esta a convertirse en un erial, es innegable su crisis creadora. Ninguna gran figura ilustra esos tiempos en una zona otrora habitada por escritores dignos de recuerdo. Es cruel, por ejemplo, el paralelo entre la Galicia de los siglos primeros del Medievo con la que descubren los textos de los siglos VIII al XI.

Fuera de Galicia, ilustra esas tinieblas beato de Liébana con sus Comentarios al Apocalipsis de San Juan, que se copian y se iluminan en los cenobios castellanoleoneses del valle del Duero durante los siglos X y XI. Pero Beato de Liébana, polemista y escritor, no crea escuela perdurable. Las horas crueles padecidas por la cristiandad en Castilla, en contienda continua con el moro, explican esa triste realidad. No había lugar sino para la lucha contra los musulmanes.

Y no se rompen esas sombras fácilmente en los siglos siguientes. Invito a leer la obra de Pedro Sainz Rodríguez Antología de la literatura espiritual española. De siglos de hierro califica los transcurridos hasta fines del siglo XI. Es sombrío, sí, el contraste entre la fecundidad de la cristiandad hispanogoda y las sombras de la temprana historia de la Reconquista. Se escribieron algunos cronicones sin relieve, que he estudiado otrora, y algunas inscripciones a veces poéticas. Se inicia un renacimiento en el siglo XII. La primera figura filósofa fue empero Dominicus Gundisalvi, arcediano de Segovia; el contacto con las obras hispano-islamitas e islámico-orientales y con las creaciones espirituales de allende el Pirineo habrían encendido la antorcha del saber y de la meditación en la cristiandad hispana.

Tristes horas las padecidas por esa cristiandad peninsular como consecuencia de la invasión islámica y de la bélica reacción contra la España sarracena. Es difícil a un cultor de la historia medieval española no sentir angustia ante el recuerdo de nuestro temprano Medievo. Horas crueles, horas bárbaras las padecidas por la España cristiana. En ella se forjó o se acrecentó nuestra herencia temperamental.

Lo he dicho y repetido: si no hubiese habido Reconquista, España sería hoy una piltrafa del islam y habría padecido y aún padecería todas las horas sombrías que han sufrido y sufren aún los pueblos islámicos. Pero aun vencedores en la gran aventura no son luminosos los corolarios de la gran batalla.

Sombras culturales en los siglos tempranos de nuestro Medievo. ¿Después? Me tienta el deseo de examinar las proyecciones de nuestra batalla contra el moro en los rumbos literarios de nuestro tardío Medievo y de nuestra modernidad. No puedo aquí satisfacer ese deseo. ¿Se me perdonará que vincule forzosamente la obra maestra de nuestras letras con la Reconquista?

Sin los corolarios sociales de esa batalla no se habría, quizás, escrito el Quijote. Nunca un caballero y un labrador ávidos de aventuras habrían podido ser llevados a las páginas de una novela en la Italia pos renacentista, en la Alemania de la Reforma, en la Francia de la razón y de la mesura, en el Flandes burgués, en la Inglaterra transformada por su crisis religiosa.

El Quijote no fue fruto e imagen de nuestra decadencia. Esta fue posterior a la fecha de la publicación cervantina, aparecida en 1605.

La pareja básica del Quijote: un caballero rural alucinado y soñando con magnas aventuras y un labrador libre esperanzado en lograr riquezas y bienandanza por los triunfos bélicos de su señor, proyectan la real imagen de la real pareja que la Reconquista hubo de crear en Castilla. ¡Un caballero y un labrador! He ahí la encarnación de la sociedad bélica de la bélica Castilla reconquistadora.

¿Compensó ese extraño y magno fruto de la Reconquista las sombras que la invasión islámica había arrojado sobre la vida material y espiritual de las gentes del norte peninsular durante los siglos primeros de la cristiandad reconquistadora? Quizá.

Pero esa fecundación en la matriz de nuestro Medievo de la magna obra de las horas hispanas, por lo que tuvo de proyección de la multisecular batalla, no eximió de sombras la gran tragedia de nuestro ayer: la conquista musulmana de la Península.

ANDALUZAS: OJO A LA VIDA EN EL HAREN DEL CALIFA

ACABA DE LLEGARME LA RECIENTE traducción de un tomo del Muqtabis, de Ibn Hayyan, recientemente publicada en Zaragoza. Quiero rendir homenaje a Antonio Ubieto, director de la Colección de textos medievales, que ha editado la versión a que aludo. He disentido más de una vez de sus aventuradas afirmaciones históricas. Todos los estudiosos le debemos, empero, gratitud, por esta traducción de una pareja de arabistas locales.

Es muy sabido que Ibn Hayyan fue un grande y famoso historiador, cordobés de origen español, que en el siglo XI de Cristo escribió una magna historia de la España islámica en muchos tomos, que en su mayoría se han perdido. Hace algunas décadas se encontró uno de ellos en la Mezquita de Qaraviyin de Fez. Lo utilizó Lévi-Provençal, pero, a su muerte, desapareció para desgracia de la historia española. Hallado otro tomo, donde se narra la mayor parte del reinado de Abd al-Rahman III, su versión me ha sugerido algunas reflexiones que deseo transmitir a las mujeres andaluzas de hoy con veleidades islamizantes; alguna de las cuales —una farmacéutica cordobesa— se ha burlado recientemente de mi ancianidad.

Pues bien, amigas mías, el tomo del Muqtabis recién traducido nos brinda noticias, ora pintorescas, ora dramáticas, sobre los harenes califales andaluces, al recoger y narrar sucesos ocurridos en el de Abd al-Rahman III. Parece que el califa enviaba mensajes a aquella de sus mujeres con la que deseaba pasar la noche. Y a veces la favorecida con la invitación vendía sus placeres nocturnos a otra audaz que deseaba compartir el lecho del califa, y la vendía cara por una larga serie de preciosas joyas.

Pero el Muqtabis nos brinda noticias mucho más crueles sobre la vida en el harén califal. Ibn Hayyan las toma de otro gran historiador andaluz, de origen hispano por sus cuatro costados, algo anterior, pero su contemporáneo. Aludo al gran polígrafo Ibn Hazam, una de las más grandes figuras del pensamiento hispano-árabe y aun del pensamiento medieval. Debemos a Asín su estudio y su exaltación y a García Gómez la versión y el análisis de la más famosa de sus obras: El Collar de la Paloma o Libro del Amor.

Cruel en sus juicios sobre el pasado y el presente de su patria —afirma, por ejemplo, que los gobernadores de al-Ándalus eran peores que los salteadores de caminos—, sus obras fueron quemadas por orden de Al-Mutadid en una plaza de Sevilla. Pero ninguno de sus contemporáneos, ni de quienes le han estudiado, han osado enfrentar la verdad de sus relatos.

Pues bien, Ibn Hayyan copia de él graves noticias sobre los vicios de Abd al-Rahman III y sobre su conducta con las mujeres de su harén. Para que no se me atribuya parcialidad al juzgar sus crímenes, he aquí las palabras mismas que copia de Ibn Hazam:

Abd al-Rahman An Nasir lidin Allah no quedó lejos de su tatarabuelo Al-Hakam ben Hisam —el carnicero del arrabal— en el modo de lanzarse al pecado y cometer dudosos actos, abusando de sus súbditos, entregándose cínicamente a los placeres, castigando con crueldad y teniendo en poco la efusión de sangre. El fue quien colgó a los hijos de los negros en la noria de su palacio a modo de arcaduces para sacar agua, haciéndolos perecer, mientras que hizo cabalgar a su impúdica bufona Rasis en cortejo, con espada y bonete, siendo así que era una vieja malvada desvergonzada, por no mencionar otras fechorías suyas ocultas, que Dios conoce mejor.

Debo decir lo que he oído de maestros, cercanos por su generación de aquella dinastía, sobre la brutalidad de an-Nasir lidin Allah para con las mujeres que estaban bajo su protección y a su discreción, similar a la que manifestaba en público a los hombres, según noticia de los principales de sus más íntimos servidores eunucos que habitaban en su casa y contemplaban su vida íntima. Una esclava que era una de sus favoritas más enaltecidas y consideradas, pero cuyo carácter altivo no se rendía suficiente ante su engreimiento, habiéndose quedado con él a solas en uno de sus días de asueto para beber en el jardín de az-Zahra, sentada a su lado hasta que la bebida hizo en él su efecto, al echársele sobre su rostro, a besarla y morderla, se disgustó con esto y le torció el gesto, desviándole el cuello y empañando su diversión; ello le provocó tal cólera que mandó a los eunucos que la sujetaran y le acercaran la vela al rostro, quemando y destruyendo sus encantos... ante su vista, hasta que le destrozaron la faz, quemándola malamente y acabando con ella, lo que fue uno de sus peores actos.

De él cuenta asimismo su verdugo, Abu ’Imran, al que tenía siempre a sus órdenes con sus utensilios, que una noche lo llamó a su aposento en el palacio de an-Na’ura (la Noria), donde Yahyá había pernoctado con su espada y su tapete de cuero. Entró, pues, con su instrumento al aposento donde bebía, y lo halló sentado en cuclillas, como un león sobre sus zarpas, en compañía de una muchacha, hermosa como un ónix, sujeta en manos de los eunucos en un rincón, la cual le pedía misericordia mientras él le respondía de la manera más grosera. Le dijo entonces: «Llévate a esa ramera, Abu ’Imran, y córtale el cuello». Cuenta este:

Yo remoloneé, consultándole como de costumbre, mas me dijo: “Cortáselo, así te corte Dios la mano, o si no, pon el tuyo”. Y el servidor me la acercó, recogiéndole las trenzas y descubriendo el cuello, de manera que de un golpe le hice volar la cabeza, mas el golpe de la hoja produjo un ruido anormal, aunque no había visto que diera en nada. Luego se llevaron el cuerpo de la muchacha, limpié la espada en el tapete, lo plegué y me fui, mas, cuando entré en mi habitación y lo abrí, aparecieron en él perlas de penetrante brillo y gran tamaño, mezcladas con jacintos y topacios que brillaban como ascuas, todo lo cual recogí en la mano y me apresuré a llevárselo a an-Nasir; este lo rechazó enseguida y me dijo: “No se nos ocultaba su existencia, pero quisimos hacerte gracia de ello: tómalo y que Dios te lo bendiga”. Y con ello adquirí esta casa.

Así dice el que lo transmite.

Amigas andaluzas que añoráis la España islámica: os podría ofrecer otros relatos no menos sombríos de la vida de las mujeres que vivieron bajo el señorío de califas y reyes islamitas en al-Ándalus. Desechad vuestras nostalgias y dad gracias a los conquistadores cristianos que elevaron vuestra dignidad y os liberaron de la tradicional y cruel situación antañona de las mujeres islamitas de Andalucía.

MÁS NOTICIAS SOBRE LA TRISTE CONDICIÓN DE LA MUJER EN LA ESPAÑA ISLÁMICA

FUERA DEL HARÉN DEL CALIFA tampoco era cómoda la vida de las mujeres de la Andalucía muslim. Dediqué a ellas algunas páginas en mi España musulmana. Se casaban sin conocer al futuro marido, por acuerdo o decisión paterna y solían compartir el tálamo marital con otras mujeres —el Corán permitía tener cuatro— y a veces con diversas esclavas. Cuando les era insoportable la vida en el hogar, podían obtener el divorcio, pero tenemos testimonios de que a veces debían indemnizarle al marido para conseguir su asentimiento a la separación, y por cualquier palabra incorrecta en el litigio el juez decretaba que fueran azotadas. De todos estos casos nos da testimonio Al-Juxani.

Muchas integraban los mercados de esclavas y eran vendidas y compradas como tales y como tales eran llevadas a veces a Oriente. Las muy famosas Tres Medinesas eran esclavas andaluzas enviadas a la cuna del islam, en la que triunfaron como cantadoras. Consta que cuando Al-Mutamid, todavía solo príncipe, se enamoró casualmente de Rumaykiya a orillas del Guadalquivir la hizo comprar a su dueño, quien se hizo pagar caro por ella.

En El Collar de la Paloma se cuenta que un tal Abu Amir «en cuanto veía a una esclava no podía contener su impaciencia... hasta que la poseía, aunque para lograrlo se interpusieran setos de espinoso tragacanto, pero en cuanto estaba cierto de que era suya, el amor se tornaba esquivez y la pasión desvío... y acababa vendiéndola por el precio más vil... Por su amor murieron varias esclavas... que habían sido criadas para él, pues habiéndolas engañado en sus esperanzas fueron presa de extenuación y la soledad acabó con ellas».

De esas esclavas gozaban sus dueños en las orgías nocturnas que celebraban en las almunias o huertas cercanas a las grandes ciudades. Orgías de que nos dan noticia crónicas y poesías muy varias y a veces muy bellas. En otras fiestas palaciegas las esclavas cantadoras acababan recibiendo latigazos si se permitían alusiones amables a algunos contertulios. Ibn Al-Qutiya nos refiere una de esas escenas crueles que tuvo lugar en la morada del príncipe Utman, hijo del emir Muhammad, con ocasión de unas coplas que desagradaron al dueño de casa.

Sobre la triste vida de las mujeres islamitas en la España mora tenemos dos testimonios de la pluma de dos grandes pensadores hispanomusulmanes, Ibn Hazm y Averroes.

Del primero son estas palabras:

Yo he tratado a las mujeres en su intimidad y por eso estoy tan enterado de sus misterios, que de ellos sé lo que quizá no sepa ningún otro hombre, porque yo me crie dentro de sus habitaciones privadas y me eduqué con ellas, sin conocer más personas que mujeres, sin tratar con hombres hasta que llegué a la edad de la juventud. Ellas venían continuamente a besarme la cara, me enseñaban a leer el Alcorán, me recitaban muchos versos, me adiestraban en la escritura. De aquí que yo, desde que empecé a tener uso de razón, en los primeros años de mi infancia, no pusiese otro empeño ni trabajase con mi espíritu en otra cosa que en conocer bien las cualidades de las mujeres y en enterarme de cuanto les oía referir de sí mismas. Y como ya luego no he olvidado nada de lo que de niño vi que ellas hacían, acabé por concebir contra ellas una intensa antipatía instintiva y pésima opinión.

El espíritu de las mujeres está vacío de toda idea que no sea la de la unión sexual y de sus motivos determinantes, la de la galantería erótica y sus causas, la del amor en sus varias formas. De ninguna otra cosa se preocupan, ni para otra cosa han sido creadas.

En esta materia (del amor sexual) jamás pensé bien de nadie. Por natural temperamento he sido siempre muy celoso... Además, nunca he cesado de escudriñar noticias femeninas y de procurar descubrir los secretos de las mujeres. Como ellas, por otra parte, tuvieron conmigo siempre gran familiaridad, me confiaban sus más íntimos secretos; de modo que, si no fuera porque se trata de cosas feas que Dios prohíbe poner al descubierto, referir podría, en verdad, tales maravillas de la sagacidad y artes aviesas que para el mal poseen las mujeres, que dejarían atónito al más avisado. Pero, aunque yo estuve siempre tan enterado de todo esto, bien sabe Dios —y con que Él lo sepa me basta— que estoy por fuera y por dentro absolutamente limpio y puro de toda mácula en tal materia; tanto, que puedo jurar en Dios solemnemente que jamás desaté mi manto para un placer ilícito, ni mi Señor me habrá de tomar cuenta de pecado alguno grave de adulterio, desde que tuve uso de razón hasta el día de hoy.

Averroes escribió:

Nuestro estado social no deja ver lo que de sí pueden dar las mujeres. Parecen destinadas exclusivamente a dar a luz y amamantar a los hijos, y ese estado de servidumbre ha destruido en ellas la facultad de las grandes cosas. He aquí por qué no se ve entre nosotros mujer alguna dotada de virtudes morales: su vida transcurre como la de las plantas, al cuidado de sus propios maridos. De aquí proviene la miseria que devora nuestras ciudades, porque el número de mujeres es doble que el de hombres y no pueden procurarse lo necesario para vivir por medio del trabajo.

A pesar de su claustración habitual, naturalmente no siempre eran leales a sus dueños. Facilitaban sus amoríos clandestinos las alcahuetas de oficio. Una de ellas mereció estos versos:

«Alcahueta que hace gala de su oprobio, más encubridora que la noche para el caminante».

«Entra en toda casa, y nadie sabe hasta qué punto penetra en ella».

«Cortés, acogedora del que encuentra; sus pasos no molestan al vecino».

«Su manto no se dobla nunca, más inquieto que bandera de combate».

«Aprendió, desde que conoció su utilidad, la diferencia que hay entre crimen y astucia».

«Ignora dónde está la mezquita, pero conoce bien las tabernas».

«Sonríe siempre, es muy piadosa, sabe muchos chistes y cuentos».

«Posee la ciencia de las matemáticas y la industria de hacer horóscopos y hechizos».

«No puede pagarse zapatos de su bolsa, pero es rica en medio de la miseria».

«Capaz sería, por lo suave de sus palabras, de unir el agua con el fuego».

Algunos prostituían gozosos a sus mujeres para satisfacer apetitos homosexuales:

«Prostituyó Abu Marwan a sus mujeres legítimas, para conseguir los deseos de una sola cría de gacela», escribió Ibn Hazm.

ÁSPERAS VIDAS DE DISIDENTES Y DE INTELECTUALES EN LA ESPAÑA MUSULMANA

HE LLAMADO LA ATENCIÓN de las andaluzas sobre la triste situación de las mujeres en los harenes de los señores musulmanes. Quiero hoy alertar a los intelectuales sobre las delicias de la vida de que gozaban los disidentes religiosos, los escritores, los poetas, los historiadores... en la España islámica que algunos de ellos añoran como un paraíso de delicias.

Registré otrora en mi España musulmana varios casos de cruel intolerancia. Surgió en Algeciras un grupo de no conformistas frente a algunos de los pormenores de la doctrina coránica. Al-Hakam I fue allá, «acampó a las puertas de la ciudad y pasó a cuchillo a la mayor parte de sus habitantes», según cuenta Ibn al-Qutiya.

Un muchacho de Córdoba, en tiempos de Abd al-Rahman II, en un día de lluvia, pronunció una frase irrespetuosa para la divinidad: después de un largo proceso durante el cual fue destituido el juez por su benevolencia con él, acabó siendo crucificado, según refiere Al-Juxaní.

En tiempos de Almanzor se salvó de serlo, también después de un cruel proceso, un acusado de herejía; pero se encarceló a algunos literatos tachados de impíos.

Es conocida la persecución de que fue víctima el filósofo disidente Ibn Massarra (neoplatónico e iraquí) en tiempos de Abd al-Rahman III. No llegó a ser encarcelado, pero al cabo tuvo que salir del país.

Fueron numerosos los cristianos que sufrieron el martirio en el siglo IX y es sabido que más de un soberano no vaciló en dar muerte a alfaquíes musulmanes hostiles o poco simpatizantes. Fue cruel con ellos, por ejemplo, Al-Hakam I con ocasión de la rebelión del Arrabal.

Almanzor ordenó la quema de una gran parte de la gran biblioteca reunida por el califa bibliófilo Al-Hakam II, por juzgar poco piadoso el contenido de muchos de sus volúmenes.

Los cronistas de temple no muy enérgico no se atrevían a relatar los desastres de los ejércitos califales. Sin duda, por el peligro que corrían de referirlos. Arib ibn Saad, por ejemplo, silenció el doble desastre de Abd al-Rahman III en Simancas y Alhándega.

En el siglo XI, las novedades fílosófico-teológicas de Oriente eran rechazadas sin examen previo, brutalmente. Los pensadores de al-Ándalus que se atrevían a desviarse un ápice del credo oficial o de las doctrinas jurídicas triunfantes eran excomulgados y perseguidos. Sigo a Asín al referirlo.

Fue grande el odio a cristianos y judíos en la España almohade. Los mozárabes fueron llevados cautivos a África.

Durante los días de las revoluciones, durante las décadas de los taifas o durante la dominación de almorávides y almohades, sin hipérbole podríamos decir que nadie tenía segura su cabeza sobre los hombros o, a lo menos, no tenía en peligro su plena libertad. Recordemos las ejecuciones en Granada, las persecuciones de Abu Isaac, de Elvira, cómo pereció Ben Ammar a manos de Al-Mutamid y cómo este murió en África, con grillos en los pies.

Dos grandes filósofos del siglo XII fueron perseguidos: Averroes vivió desterrado en Lucena y Maimónides hubo de expatriarse y salir de al-Ándalus para vivir sin temor.

No puedo ni quiero registrar aquí los hispanomusulmanes de vida difícil que sufrieron persecuciones y exilios. Solo voy a referirme a los destinos crueles de tres historiadores; no se olvide que yo también lo soy y que también he vivido difíciles jornadas.

En el siglo de las revoluciones cordobesas y de los taifas, siglo XI de Cristo, floreció en Córdoba el gran historiador Ben Házam. Descendiente de maulas cristianos españoles convertidos al islam, intervino en las horas críticas de la lucha entre Omeyas y Amiríes; fue háchib o primer ministro de Abd al-Rahman V y, a la caída de este, tras dura prisión, desengañado y amargado, se dedicó al estudio por entero. Aparte de varios tratados filosóficos y literarios que han alcanzado eternidad, escribió buen número de libros de carácter histórico, entre los que se destaca su Fisal o Historia de las religiones, obra magnífica que se anticipa en siglos a las parejas de la Europa cristiana. Altanero, agrio de humor e hipercrítico, no disimuló su pensamiento ni frenó su pluma en una Andalucía

desgarrada por las guerras civiles, los odios y las pasiones más violentas; sufrió algunos destierros y fue perseguido por los faquíes ortodoxos y por los abadíes sevillanos, que llegaron a ordenar la quema de sus libros. Como respuesta a esta, compuso versos que, desgraciadamente, tienen no poca actualidad:

Aunque el papel queméis

no quemaréis lo que el papel encierra;

que dentro de mi espíritu

a pesar de vosotros se conserva.

Y ante el espectáculo de al-Ándalus ensangrentado por las discordias intestinas escribió frases que no deberían haber olvidado los españoles de hoy: «La flor de la guerra civil es infecunda».

También se mezcló en la vida política de su tiempo —siglo XIII— el famoso historiador Ben Alabbar. Cátib o secretario de uno de los postreros reyes moros de Valencia, lo fue después de los reyes de Túnez, cuando la conquista de su ciudad natal, por Jaime de Aragón, en 1238, le obligó a desterrarse a tierras de África. Su «Hóllate Assiyara» («Túnica recamada de oro») y su «Tecmila Assila» («Complemento del suplemento») —absurdos y poéticos títulos los de las obras árabes— son dos magníficos diccionarios biobibliográficos en que se traza, en realidad, la historia de los primeros siglos del islam hispano. Sus desgracias agriaron, como en el caso de Ben Házam, su carácter; escribió libremente y con cierta acritud y fue encarcelado, flagelado y muerto en la prisión, mientras sus obras se quemaban en público en la plaza.

No menos fama alcanzó Ibn Al-Jatib, escritor granadino del siglo XIV. Intervino activamente en la vida política de su patria. Con el sultán Mohamed V emigró a África y con él regresó después a Andalucía. Arbitro del gobierno del reino nazarí durante algunos años, cayó después en desgracia; logró huir a Marruecos, y allí murió estrangulado en su prisión. Polígrafo, pero principalmente historiador, escribió muchas y muy importantes obras históricas. Bastaría a darle renombre para siempre su Ihata fi Tariq Garnata («Círculo acerca de la historia

de Granada»). Pero han contribuido a acrecentarlo sus otras múltiples producciones y el trágico final de su existencia.

A LOS NUEVOS MUSULMANES ANDALUCES. RÉPLICA A UNA RÉPLICA

HE VISITADO MUCHAS VECES Andalucía, tierra que me ha encantado siempre. Nunca he tropezado con un musulmán en tales andanzas y nadie me habló en ellas —así, nadie— de que los hubiera. Durante la larga etapa dictatorial tampoco consta que el islamismo tuviese adeptos en tierras andaluzas. Rara casualidad que haya empezado a haberlos después de que los petroleros argelinos, libios y, sobre todo, de la Arabia Saudita se enriquecieran fabulosamente al elevar los precios del oro negro de que disponían. ¿No es sospechosa la coincidencia de la aparición en Andalucía de secuaces del Profeta con la abundancia y el derroche de petrodólares en el mundo occidental?

A lo largo de mis ochenta y nueve años he sido un hombre tolerante, respetuoso de todas las ideas y de todas las concepciones religiosas. He sostenido muchas veces que Dios ha hecho al hombre libre. Solo así podía hacerle responsable de sus actos. Y jamás, jamás he escrito ni pronunciado una palabra contra el libérrimo derecho de los hombres de adorar a la divinidad a su grado o de negarla si su conciencia les llevaba a ello.

Nunca he pronunciado una palabra ni escrito una línea ni hecho un gesto contra el derecho de los musulmanes a practicar su religión a su placer. Pero tengo derecho y aun deber de enfrentar a los hermanos de patria que venden su conciencia, reniegan de su fe tradicional y fingen una fe que no sienten; todo por un puñado o varios puñados de dólares.

Pensaría de igual modo de quienes por dinero o por cualquier género de ventajas sociales o políticas se vendieran a la fe que profeso o a los ideales demoliberales que he defendido toda la vida y a cuyo triunfo y servicio he sacrificado cuarenta y seis años de mi vida en el exilio. ¿Cómo explicar sino por el logro ya conseguido, o por la esperanza de alcanzarlo, las veleidades islamizantes que hoy florecen en Andalucía?

Por ello, hombre liberal desde mi juventud, como a todos es notorio, he aventurado empero la idea de la retirada a tierras islamitas de esos nuevos o novísimos musulmanes surgidos en Andalucía por artes de magia. Islamitas que,

además, se lanzan, a veces, a la injuria de la fe cristiana de la gran mayoría de los españoles.

Quien como yo ha consagrado su vida al estudio de la Edad Media española, conoce muy bien la triple traición que trajo el islam a España. La de los hijos de Vitiza llamando a los islamitas africanos para conseguir el trono de su padre; la de sus partidarios en la batalla de Guadalete al pasarse a las filas enemigas, y la de Tariq al proclamar en Toledo, no al príncipe visigodo a cuyo servicio había pasado el estrecho de Gibraltar, sino al califa de Damasco.

Conozco, además, muy bien el enorme esfuerzo sangriento que costó a la cristiandad hispana la batalla multisecular contra el islam hispano y contra las tres oleadas de invasores africanos. Sangrientos y terribles combates, asolamientos sangrientos y terribles de campos y ciudades, bárbaros cautiverios en masa, el trágico trueque en eunucos en la manufactura judaica de Lucena. Se llegaba a condenar a muerte a cautivos cristianos que se negaban a comer carne en viernes. Y podría seguir acumulando horrores comprobables a lo largo de los prolongados siglos de la Reconquista.

No obstante, mi congénito liberalismo, no he podido nunca olvidar esas bárbaras horas crueles y he de batallar pluma en ristre, mientras Dios me dé vida, contra esos nuevos e interesados islamitas que han surgido en Andalucía y en los que veo histórica y renovada prolongación de los musulmanes contra los que hubimos de luchar casi ocho siglos para recuperar la patria perdida por obra de la triple traición antes registrada.

He sido entusiasta laudante de la cultura hispano-arábiga, obra en su conjunto de españoles de origen, cuyos padres o abuelos, un día lejano o cercano, se habían convertido al islamismo en busca de exenciones tributarias y de cómoda vida. Pero ese justo elogio de obras de hermanos de patria, hijos de conversos al islamismo, nunca me ha llevado a olvidar los siglos de batalla por recuperar a España para Cristo y para la cultura occidental.

Los abuelos de los grandes pensadores y escritores hispanomusulmanes se rindieron al interés egoísta, como está ocurriendo ahora. Pero se engañaron, porque si ellos se liberaron de la chizia y del jarach, sus descendientes padecieron bárbaras presiones fiscales. Para evitar que volvamos a padecer horas crueles, he tomado la pluma en estas postrimerías de mi vida, a fin de que sepan la verdad los andaluces en peligro de repetir las torpezas de otrora y de sufrir las

horas crueles que sufrieron sus abuelos, los peninsulares de hace más de un milenio.

Loor, devoción, reverencia a los pensadores y escritores hispanomusulmanes. Pero no olvidemos que, sin la conversión de sus abuelos, habrían sido luminarias de la cultura occidental y habrían vivido sin estar sometidos a las sombras políticas y sociales del islam. En el que jamás floreció la idea de la libertad democrática. En pueblos siempre regidos por tiranos, como apunté otrora al detalle y como puedo registrar al por menor. Lo he dicho y lo repito y lo he probado y puedo ampliar mis pruebas: los musulmanes españoles nunca concibieron, ni siquiera sospecharon, la idea de la limitación del poder soberano mediante leyes garantizadoras de sus mínimos derechos cívicos y políticos, como la consiguieron los cristianos hispanos del norte, según es notorio y nadie discute.

No al islamismo que todavía hoy no ha alcanzado a disfrutar como norma generalizada de las garantías demoliberales de que gozan los pueblos de Occidente. Los islamizantes peninsulares no tienen, no, derecho a invocar la libertad política de que gozamos los occidentales, porque, salvo excepciones, la ignoran aún la casi totalidad de las comunidades islamitas contemporáneas.

TEXTOS

ALGUNAS SOMBRAS DE LA ESPAÑA ISLÁMICA

LA JORNADA DEL FOSO. MATANZA EN TOLEDO

AL-HAKAM TUVO EN ESPAÑA tres (lamentables) grandes conflictos. Uno de ellos, el de Toledo, que fue así. Los toledanos eran gente tan revoltosa e insubordinada que no hacían caso de los gobernadores, hasta un extremo a que jamás llegaron vasallos de ningún país respecto a sus autoridades. Vivía entre ellos el poeta Garib el Toledano, hombre experto y astuto, por cuyo consejo los de Toledo se dejaban guiar, y no podía esperarse que la autoridad pudiera dominarles mientras él viviese. A su muerte, hizo venir Al-Hakam a Amrus, conocido por el Muwalad, desde Huesca (este fue el antepasado de los Banu Amrus, los Sayadíes), y procuró atraérselo haciéndose amigo y admitiéndole en su intimidad. Luego descargó su corazón en él, respecto a los planes que tenía formados con los de Toledo, diciéndole: «Ya no me queda otra esperanza de obtener de ellos lo que de justicia me deben, si no es por tu mediación». Al-Hakam esperaba que los toledanos estuviesen dispuestos en favor de Amrus, por ser este del mismo partido o parcialidad. Le hizo comprometerse en ello, y le nombró gobernador de Toledo; al propio tiempo escribió a los toledanos una halagadora carta, diciéndoles: «He elegido por gobernador vuestro a un hombre de vuestro mismo pueblo, en vez de mandaros uno de mis clientes. Este se manejará libremente en la gobernación de la provincia». Aparte le dictó a Amrus los medios por los cuales esperaba conseguir lo que deseaba, y entre las cosas que le ordenó fue la siguiente: «Cuando los toledanos se familiaricen contigo y te tengan como uno de ellos, por haberles manifestado secretamente que deben quererte a ti más que a los Banu Umayya y sus amigos, a los cuales tú les odias a todos, les dirás: la hostilidad surgida entre vosotros y los gobernadores del sultán ha provenido de la excesiva familiaridad y trato (en que se ha metido) la guarnición con vosotros, vuestros hijos y vuestras mujeres. Yo tengo la idea de construir una fortaleza a una parte de la ciudad para que viva en ella la guarnición y estén alejados de vosotros; de esta manera estaréis libres de sus maldades». (Hecho todo lo que deseaba el sultán), los toledanos consintieron en que estuviese la alcazaba en el centro de la ciudad y no en un extremo, y eligieron el monte que luego ha venido llamándose monte de Amrus hasta nuestro tiempo. Edificó, pues, un alcázar y sacó la tierra de un foso que se hizo en el interior de ese palacio.

Cuando se terminó la obra y se fue allí Amrus a habitar, se lo hizo saber a Al-

Hakam, y este mandó a uno de los generales que tenía en las fronteras que escribiese una carta que dijera que el enemigo se le echaba encima y que necesitaba mayor contingente de tropas, no solo de los afectos al servicio militar, sino también de voluntarios. Hecho esto, como había ordenado el monarca, se reclutó gente en Córdoba y otras partes, y Al-Hakam mandó a su hijo Abd al-Rahman, que entonces tenía catorce años, y a tres de sus ministros que se fuesen allá. Al-Hakam había escrito de antemano una carta que llevó uno de sus fieles servidores de palacio con orden de entregarla a los ministros cuando se reuniesen con Amrus. Al llegar el ejército a las inmediaciones de Toledo, a un lugar que se llama Alchayarín, recibió Abd al-Rahman la noticia de que el enemigo (supuesto que se dirigía contra el general que estaba en las fronteras) se había retirado. Amrus dijo entonces a los toledanos: «No habrá más remedio que salir a visitar al príncipe, cuya vida guarde Dios; vosotros también tendréis que hacer lo mismo». Él y los toledanos fueron a visitarlo. Cuando llegaron al campo, mandó el príncipe que se les hiciera venir a su presencia; y una vez venidos, les trató con tales atenciones que llegaron a familiarizarse con él. «Después tuvo conferencia secreta Amrus con los ministros, le fue entregada la carta (que Al-Hakam había escrito) y se la leyeron a aquel. En ella se decía que encomendara Amrus a los toledanos que estos pidiesen que se invitara al príncipe a entrar en Toledo para que les hiciese ese honor e intimaran con él; que el príncipe opusiese dificultades y rehusase entrar en Toledo hasta que le invitasen a comer, y cuando se diera el convite él se dejara conducir y que entrara en la fortaleza para cuidar cómo se habría de arreglar la comida que les había de dar, atenderles bien y regalarles vestidos y demás preparativos del festín». Se le había encargado anteriormente a Amrus, cuando construyó la fortaleza, que tuviese dos puertas. Sucedió, pues, que le pidieron aquello los toledanos; a lo primero él rehusó, pero al fin aceptó; dirigióse a la ciudad, entró en la misma y vino a la fortaleza. Luego mandó que se tuviera a punto todo lo que era menester para el banquete en el día siguiente, disponiendo que asistiesen las personas principales, tanto de la ciudad como del campo. Efectivamente, se presentaron y se les mandó que entrasen por una puerta y las cabalgaduras se mandasen por la otra, por donde habían de salir. Los verdugos se colocaron al borde del foso y a todos los que entraban les cortaban el cuello, hasta que ascendió el número de los muertos a cinco mil trescientos y pico. La visión de la espada se le fijó a Abd al-Rahman en los ojos; nunca pudo borrarla mientras vivió. Se cuenta que un médico de Toledo, al acercarse a la puerta por la que habían entrado los convidados, no encontrando a su llegada que hubiera salido nadie, y eso que ya andaba muy avanzado el día, dijo a los toledanos que estaban alrededor de la puerta: «¡Compañeros! ¿Dónde están vuestros amigos que entraron por la

mañana?». Entonces le dijeron que por la otra puerta habían salido. Él añadió: «Pues yo no he visto a nadie que haya vuelto». Luego vio el vapor de sangre y exclamó: «¡Oh, toledanos! La espada, ¡voto a Dios!, es la que causa en vosotros este vapor de sangre, no el humo de la cocina». El haber dicho esto fue causa de que la gente se dispersara y algunos toledanos se salvasen. De allí en adelante, mientras reinó Al-Hakam y todo el tiempo que ocupó el trono su hijo Abd al-Rahman, se mantuvieron en obediencia; pero a la muerte de este último se sublevaron, como veremos en el lugar correspondiente, si Dios quiere.

Del Iftitah al-Ándalus, de Ben al-Qutiya

(traducción Ribera, 36)

CRÍMENES PRINCIPESCOS

ABD ALLAH HABÍA HECHO dar a su hijo Muhammad una educación en relación con la condición de heredero presunto que le reservaba, y le trataba de manera especial. Mutarrif, otro de sus hijos, soportaba con trabajo tal situación, de suerte que los dos hermanos estaban tan alejados entre sí como era posible, y se huían recíprocamente. Mutarrif, además, a un caballero de Muhammad lo mató por traición; después abandonó a su padre, Abd Allah, para escapar a su cólera, pues desconfiaba de su violencia; fue a la cárcel, abrió las puertas de la misma a los detenidos en ella, se puso al frente de los pillos y de los malhechores allí encerrados, marchó con ellos a Bobastro, capital del error y de la rebelión, y se unió a Ben Hafsun en una fortaleza bastante defendida para ofrecerle toda seguridad. Abd Allah le hizo saber que le perdonaría, diciéndole: «¡El nombre de maldad suena mal después de la fe!», y el tránsfuga, escuchando a su padre, volvió a su familia y a los suyos. Pero Mutarrif desde entonces excitó a su padre sin descanso contra Muhammad, dio rienda suelta a la hostilidad y a la envidia, pretendiendo que se escribía con Ben Hafsun y se entendía con él para empujarle y ayudarle en la rebelión. Entonces Abd Allah hizo encarcelar a su hijo Muhammad en el Dar Al-Baqiya y abrió una investigación para saber qué había de verdad en el asunto; pero un examen atento, prolongado mañana y tarde, no pudo ofrecer ninguna prueba de culpabilidad, y Abd Allah dio en el acto orden de libertar al prisionero. Pero entonces Mutarrif penetró junto a él, le atacó brutalmente y no le dejó sino cuando le vio bañándose en su sangre, tendido en el suelo, con la cara y las manos contra la tierra. Tal noticia sorprendió dolorosamente al emir Abd Allah, que quiso al principio ejecutar al culpable; pero más de uno procuró calmarle y entonces renunció a castigarle. Otros, por el contrario, dicen que le hizo pagar tal crimen con su cabeza. Alá sabe lo ocurrido. Tales hechos sucedieron en el año 277 (25 de abril 890).

Del Bayan al-Mugrib, de Ben Idhari

(según versión francesa de Fagnan, II, 248)

Ben Umayya, pues, se encargó de dirigir la guerra contra Ben Hafsun, cumpliendo como bueno su cometido y manteniéndose hasta que Mutarrif (el hijo del emir Abd Allah) le mató. Cuando esto tuvo lugar, el hijo de Ben Umayya estaba en Sevilla. El mando de las tropas (al morir Ben Umayya) se dio a Ahmad, hijo de Muhammad, hijo de Abi Abda, que era a la sazón ministro y gobernador de Córdoba.

La causa de que Mutarrif le matara fue la siguiente: este tenía malvados designios contra su padre, pues se había propuesto destronarle; y se decía a sí mismo: «Esto no es posible llevarlo a cabo mientras viva Ben Umayya». El emir Abd Allah ya se temía esto de su hijo y le había dicho: «Te he tolerado el que mataras a tu hermano Muhammad, porque al fin y al cabo era desobediente y rebelde; pero, voto a Dios, si tú te atreves a hacer alguna novedad con respecto a Ben Umayya, ten por seguro que te mato entonces». El mismo Abd Allah había prevenido a Ben Umayya, puesto que ya sospechaba con fundamento de las intenciones secretas de su hijo, y hasta le había dicho a aquel: «¡Cuidado de encerrarte con él en un mismo campamento; no te entrevistes con él, si no es montado a caballo!».

Sucedió, pues, que Mutarrif y Ben Umayya se fueron contra Sevilla para ir inmediatamente después contra Sidonia; y al estar frente a Sevilla, Mutarrif envió a los sevillanos un mensajero que les dijera: «Bien sabéis la mala voluntad que os tiene Ben Umayya, y el mal trato que os dio mientras fue gobernador de vuestra ciudad; no ha variado de conducta, pues continúa excitando al emir, cuya vida guarde Dios, a que tome medidas contra vosotros. Si yo os libro de él, venid a verme». En aquel tiempo Sevilla era inexpugnable, bien fortificada, y la mantenían Qurayb ben Jal-dun e Ibramin ben Hachchach. Estos contestaron afirmativamente, sometiéndose. Mutarrif mató a Ben Umayya y les mandó la cabeza: lo había muerto en el campamento. En seguida se le presentaron los sevillanos; les dio las gracias por la sumisión y les ordenó que se pertrechasen de lo necesario para acompañarlo a Sidonia, a fin de que a la vez se verificase la sumisión de los sevillanos y la de los Banu Abd al-Malk, y poder llevar después a efecto la intención suya de destituir a su padre.

Al saber el emir, su padre, la muerte de Ben Umayya, se emoció vivamente y le parecieron ya bien claros los malvados designios que Mutarrif alimentaba contra él. Sin pérdida de tiempo escribió una carta a los sevillanos y a los de Sidonia, previniéndoles y ordenándoles al propio tiempo que no se sometiesen a su hijo. Con esto los Banu Abd al-Malk ya no quisieron someterse y Ben Hachchach y

Ben Jaldun se propusieron que el ejército de Mutarrif se dispersara. Bien es verdad que Ben Daysam el Sevillano insultó a esos dos y habló contra las proposiciones de aquellos y de los que le acompañaban; pero al fin Mutarrif pudo persuadirse de que era imposible que se realizaran sus esperanzas. Entonces este príncipe escribió a su padre pidiéndole el perdón, que al momento le fue concedido.

Después que llegó a Córdoba y se instaló en su casa dentro de la ciudad, supieron los ministros y los grandes del reino cosas graves; una de ellas fue lo siguiente: el jeque Ben Lubaba, Abu Salh, Ben Al-Safar, Ubayd Allah ben Yahya y otras personas distinguidas de la misma clase entre los musulmanes principales fueron a visitar a Mutarrif a su casa, por saludarle, darle la bienvenida del viaje y felicitarle por el perdón que su padre le había concedido. Después que todos ellos salieron de su casa, dijo él a su secretario Marwan, hijo de Ubayd Allah ben Basil: «Si algún día tienes poco de comer, no tengas cuidado, yo te daré un encebollado hecho con carne de estos borregos destinados al matadero; te aseguro que será un plato exquisito, cual no lo habrás comido en toda tu vida». El secretario le contó esto a Ubayd Allah ben Yahya, que era entonces encargado y curador del príncipe, y tuvo una reunión con sus amigos, les hizo saber lo que había dicho Mutarrif y se pusieron de acuerdo en que debía matársele, declarando lícita la efusión de su sangre, porque era conocidamente heterodoxo o hereje. Después fueron a buscar al canciller Ben al-Salim y le dijeron: «Nosotros estamos ya deseando emigrar y abandonar nuestras moradas, porque nos infunde miedo Mutarrif, que quiere destituir a su padre y que nosotros le reconozcamos a él. Si vos nos protegéis, bien; pero si no, emigraremos; con nosotros va la ciencia y no nos faltará quien nos honre por ella dondequiera que vayamos». El canciller puso en conocimiento de Abd Allah lo que ocurría, y este inmediatamente ordenó a Ubayd Allah ben Muhammad, jefe de la caballería, y a Abd Allah ben Mudar, gobernador de Córdoba, que fueran a prender a su hijo: estos atacaron la casa donde este estaba, la combatieron por espacio de dos días, y al tercero fue cogido. Ubayd Allah ben Muhammad quedó guardando la casa, y Ben Mudar se lo llevó al palacio de los ministros; se le permitió entrar a Ben Mudar; este hizo saber que el príncipe se hallaba fuera, y entonces el canciller dijo: «¿Y por qué lo has traído aquí? Vuélvele a su casa y mátalo y sepúltalo». Así se llevó a efecto. Después de la muerte de Ben Umayya el mando de las tropas se dio a Ahmad ben Muhammad ben Abi Abda (como hemos dicho anteriormente).

(Se nos había olvidado decir que) Mutarrif había cogido a su hermano y lo había

muerto en palacio, después de muchas cosas que acaecieron entre ambos, las cuales todo el mundo sabe. Dios le castigó por haber sido el asesino de su hermano, que sin duda alguna era mejor y mucho más sincero en creencias religiosas que él.

Del Iftitah al-Andalus, de Ben al-Qutiya

(traducción Ribera, 88)

Abd Allah sospechaba que su hermano (Al-Qasim) pensaba rebelarse contra él y hacerle morir para ocupar su lugar. Como recibiera diversas noticias en tal sentido y en todas partes se hablara de ello, estimó de su deber de príncipe, y conformándose a las reglas de la política y de la administración, hacerle internar en el palacio, en el Dar Al-Baniqa, hasta que se hiciera luz sobre el asunto. El prisionero fue enseguida trasladado a la cárcel de Al-Duwayra. Fue allí atacado de insomnio, su madre le envió un soporífero que debía tomar en tres días, pero lo bebió de una sola vez y a la mañana murió.

Del Bayan al-Mugrib, de Ben Idhari

(según versión francesa de Fagnan, II, 250)

CRUELDAD EN LAS ALTURAS

AL-HAKAM I

Chudayr, el abuelo de los Banu-Chudayr, era portero encargado de la puerta de la Azuda, cuando la revuelta del Arrabal, tras cuyo suceso se había encerrado en la prisión de la Adueira a los que habían capitulado. A este Chudayr, pues, le llamó Al-Hakam y le dijo: «Allá, al anochecer, saca a esos malos jeques y que les corten la cabeza, y luego que les crucifiquen». Chudayr, al oír esto, contestó: «¡Por Dios, señor mío!; no quiero para ti ni para mí el que estemos el día de mañana en uno de los rincones del infierno ladrándonos uno al otro; entonces ni tú me podrás valer a mí, ni yo a ti». Al-Hakam apeló a todos los extremos por ver si se le reducía a que llevara a efecto aquella resolución; pero en balde; no accedió. Entonces el monarca dio órdenes para que se le presentara Ben-Nadir, el portero, el cual aceptó y cumplió los deseos del emir. Desde entonces los hijos y descendientes de Chudayr no cesaron de prosperar y elevarse, mientras los Banu-Nadir fueron envileciéndose hasta el punto de que su casa se extinguió.

Del Iftitah al-Andalus, de Ben Al-Qutiya

(traducción Ribera, 44)

FIN TRÁGICO DE HAXIM BEN ABD AL-AZIZ

En Chumada I del año 273 (octubre 886), Al-Mundhir encarceló a Haxim ben Abd al-Aziz, visir y favorito de su padre, y le condenó a muerte el mismo mes. Haxim era muy envidiado por su influencia cerca del emir Muhammad en su calidad de favorito, y llegaban frecuentes denuncias contra él hasta Al-Mundhir, porque todo el mundo le quería mal. Cuando Al-Mundhir subió al trono, quiso guardarle fidelidad, se propuso continuar tratándole como lo había hecho su padre, y le nombró canciller. Pero todo el mundo estaba aliado contra Haxim; redoblaron los ataques de que era objeto y fueron mal interpretados todos sus hechos, de tal suerte que los decretos divinos que le concernían se cumplieron. Algunos de sus dichos fueron desnaturalizados y entre ellos figuraron los versos recitados por Haxim en el momento del entierro del emir Muhammad: «Tengo que deplorar por mí mismo tu muerte, ¡oh, Muhammad, leal amigo de Dios, bienhechor insigne! ¿Por qué no han muerto otros todavía con vida y, para mi ventaja, no han bebido ellos y no tú la copa envenenada?».

Se pretendió que las palabras todavía con vida se referían a Al-Mundhir. Desde su prisión Haxim dirigió los versos siguientes a su joven esclava, Ach: «No puedo ir a verte, porque estoy encerrado en una prisión de sólida puerta y guarnecida de cerrojos de hierro. No me sorprende, Ach, lo que me ocurre, porque no pueden asombrar las vicisitudes de mi fortuna presente: no seguí el camino recto cuando pude y he encontrado lo que era de temer. Cuántos me han dicho: “¡Huye, desdichado, y ve a vivir seguro y lejos de tus enemigos en cualquier otro lugar de la tierra!”. Pero yo les respondí: La huida es un acto vil y mi alma posee suficiente ciencia y valor para dominar la adversidad. Aceptaré la decisión de Alá. ¿Puede el hombre, además, sustraerse al decreto divino? Aquellos cuyas rencorosas injurias hube de soportar ayer se apresurarían a llevar sus labios a mi copa y abrevarse en ella».

El emir le hizo ejecutar de noche en su prisión, confiscó sus bienes e hizo echar abajo su palacio, apresó a sus íntimos, así como a sus hijos, a quienes reclamó una multa de mil dinares y no se la perdonó ni les eximió de prisión; y solo a su muerte, su hermano y sucesor Abd Allah les puso en libertad, les devolvió sus tierras y nombró a uno de ellos visir y general.

Del Bayan al-Mugrib, de Ben Idhari

(según versión francesa de Fagnan, 190)

EL HIPÓCRITA Y SANGUINARIO ABD ALLAH

Era naturalmente poeta y compuso bellos versos.

«Elevó siempre la antorcha de la religión y marchó por el camino recto, sin que las guerras civiles pudieran apartarle del cuidado de su alma ni de las obras destinadas a servirle el día de la necesidad y del descenso a la tumba». Se le cuenta entre los más virtuosos califas omeyas de España, entre aquellos cuya senda mereciera más servir de ejemplo, cuya ciencia (religiosa) era más completa y cuya piedad era más firme. Pero su vida estuvo agitada por revueltas de larga duración, por la reducción de los límites del territorio que regía, por la disminución del rendimiento del impuesto de la zakab, de tal modo que la hipocresía se insinuó en él bajo un velo de piedad, la avaricia le dio un natural que no provenía de su valor propio y la poca importancia que dio al derramamiento de sangre rebajaba su religión, porque, en efecto, las discordias civiles suscitadas por sus dos hijos le hicieron ejecutar al mayor por una simple sospecha. «El jurista Abu Muhammad ben Hazm ha censurado al emir acusándole de haber vertido fácilmente sangre, lo que a sus ojos no tenía valor y ello dándose a las buenas obras y evitando las faltas reprobadas por la ley. Sin consideración a la preferencia que tenía por él su hermano Al-Mundhir, sobornó al cirujano de este, quien envenenó la lanceta con que había de sangrarle y se desembarazó así del emir, ocupado entonces en una expedición contra Ben Hafsun, y en el campamentó mismo en que se encontraba. Hizo además morir a golpes de espada a sus dos hijos, primero a Muhammad, padre de Al-Nasir li-din Allah, y después a Al-Mutarrif. Se desembarazó resueltamente de sus dos hermanos, de Hixam por el hierro y de Al-Qasim por el veneno, etc».

Del Bayan al-Mugrib, de Ben Idhari

(según versión francesa de Fagnan, II, 253)

PARRICIDIO CALIFAL

Cuando su hijo Al-Hakam ben Abd al-Rahman comenzó a crecer le hizo su heredero presunto. Ello excitó contra él la envidia de su hermano Abd Allah, que, sostenido por sus partidarios, quiso matar a Al-Hakam. Pero el complot fue descubierto y todos los complicados fueron ejecutados, y en cuanto al joven Abd Allah, se cuenta que su padre le hizo sacar de prisión al día siguiente de la Fiesta de las Víctimas y le hizo ahorcar a su vista.

Del Bavan al-Mugrib, de Ben Idhari

(según versión francesa de Fagnan, II, 377)

VENENO DE REYES

Tarub, madre de Abd Allah, hijo de Abd al-Rahman, procuró aprovecharse de la influencia que ejercía sobre Abd al-Rahman, hijo de Al-Hakam, para ver de lograr que obtuviese el trono su hijo Abd Allah. Además, también trataba de atraerse por medio de regalos a los palaciegos, tanto mujeres como eunucos, y a la mayor parte de los servidores con el mismo propósito. Hasta Nasar (el eunuco) vino a detestar a Muhammad y decidirse en favor de Abd Allah; pero como Abd al-Rahman en los últimos años de su vida se mostró favorable a su hijo Muhammad, aquel pensó que su situación entonces se haría difícil y quiso matar a su señor para proclamar en seguida a Abd Allah y matar al propio tiempo a Muhammad. Al efecto, mandó llamar al médico Al-Harrani y le dijo: «Espero que me hagas el obsequio de serme útil con tu sabiduría y consejo». Aquel le contestó: «Tendré mucho gusto en poderte complacer». Dijo entonces Nasar: «Ahí van mil dinares; componme el veneno de los reyes». Al médico le fue imposible desobedecer; cogió los mil dinares e hizo el veneno; pero al mismo tiempo mandó un mensajero a Fajar dándole cuenta de lo que pasaba y que evitara que el emir lo bebiera. Cuando Nasar tuvo el veneno, aprovechó la ocasión para que Abd al-Rahman tomara aquella medicina en ayunas, y al presentársela el martes... Abd al-Rahman le mandó que la bebiera Nasar y este tuvo que bebérsela. Inmediatamente se fue a su casa, llamó a Al-Harrani y le contó todo angustiado lo que le había ocurrido. El médico dispuso que tomase en seguida leche de cabra; pero, a pesar de darse prisa, murió.

Del Iftitah al-Andalus, de Ben Al-Qutiya

(traducción Ribera, 61)

ALMANZOR. SU FALTA DE ESCRÚPULOS Y SU CRUELDAD AL DESHACERSE DE SUS RIVALES

Después de haberse así izado hasta la cima del poder, Ben Abi Amir se ocupó del general en jefe, su suegro, Galib Nasiri, y preparó su ruina. Pensó en oponerle un adversario entre los hombres de espada y de renombre, porque Galib le superaba en lo que concernía al arte de la guerra, era más valeroso que él y le aventajaba en un orden de conocimientos al que Ben Abi Amir no se había dedicado. No encontró para ello nadie más calificado por su energía, su firmeza y su gran notoriedad y por las grandes fuerzas de que disponía que Chafar, el hijo de Ali ben Hamdun, llamado Ben al-Andalusi. El ministro se esforzó, por tanto, en atraer a su partido a tal jefe, que habitaba, como los descendientes de Ali, en África septentrional, entre las Zanatas, y reconocía la soberanía del califa Hixam. Ben Abi Amir le envió mensajeros y le dirigió carta tras carta y Chafar confió entonces el cuidado de su gobierno a su hermano Yahya y se embarcó para España con sus tropas. Se alojó en Al-Kasar al-Uqba, donde todo había sido preparado para satisfacerle. Al-Mansur le nombró su ministro, le otorgó como tal una gran autoridad, le trató con la misma confianza que a un hermano y le dio paso sobre todos los grandes. Chafar encontró cerca de él cuanto podía desear y más de lo que había supuesto; de otra parte, y gracias a los beréberes, la situación de Al-Mansur fue más sólida y más fuerte. Este primer grupo contaba unos seiscientos hombres. Al-Mansur continuó reclutando otros y otros, garantizándoles que serían bien tratados y recompensados con largueza, de suerte que muchos se apresuraron a pasar a España. Todos esos jinetes que venían sin interrupción se agruparon en torno de Ben Abi Amir. Desembarcaban con los vestidos en jirones y montados sobre rocines, pero en seguida Al-Mansur les vestía de sedas bordadas y de otras ricas telas, les daba caballos de raza y los instalaba en palacios de los que nunca habían visto semejantes. Acabaron así por ser más numerosos que los soldados españoles del chund y fueron siempre los familiares e íntimos de Ben Abi Amir y los más ricos e influyentes.

Galib comprendió, al conocer la llamada de Chafar, que era una maniobra dirigida contra él; estalló la desavenencia entre suegro y yerno, y ella provocó diferentes encuentros y combates, ventajosos para Ben Abi Amir. Galib, que le combatía por medio de cristianos, que había atraído a sí por medios largos de

contar, pereció en una carga de caballería en que su adversario estuvo a punto de ser derrotado. Se mató, según unos, sobre su silla de montar o pereció, según otros, de modo diferente. Su muerte fue el más dichoso golpe de fortuna para Ben Abi Amir, que no tuvo en adelante a nadie a quien temer.

Desembarazado de Galib, acudió a un ardid para deshacerse de Chafar ben Ali, que había sido su auxiliar más poderoso contra el primero. Sobornó a tal propósito a Abu-l-Ahwas Man ben Abd al-Aziz al-Tuchibi, el campeón árabe, quien a la cabeza de una tropa de españoles, sus partidarios, le mató por traición en 373; después, Al-Mansur hizo asesinar a su vez a Abu-l-Ahwas y así quedó solo (y sin rival).

En 373 (26 junio 982), hizo ejecutar a Chafar, hijo de Ali ben Hamdun o Ben al-Andalusi. Bajo pretexto de honrarle, pero en realidad para matarle a traición, le invitó en la noche del domingo 3 Xaban (21 junio 983). Cuando en el curso de la reunión, el copero ofreció a Ben Abi Amir la gran copa que hacía circular entre los comensales, aquel le dijo: «¡Preséntasela a quien estimo más!». El copero, perplejo, no sabía a quién ofrecérsela de entre todos aquellos nobles invitados, y entonces su amo, riñéndole y maldiciéndole, le ordenó que la presentase a Abu Ahmad. Entonces Chafar, levantándose, la tomó como una prueba de estima y loco de alegría se puso a bailar y todos los asistentes siguieron su ejemplo sin excepción. Le sirvieron numerosas copas y tenía la cabeza muy pesada cuando a medianoche se retiró con algunos pajes. Fue entonces asaltado por Man y por sus confidentes. Su estado de ebriedad no le permitió defenderse. Cayó atravesado a puñaladas y los asesinos no abandonaron sino su cadáver ya frío. Su cabeza y su mano derecha fueron presentadas secretamente a Ben Abi Amir, que dio, sin embargo, pruebas públicas del dolor que le había causado su muerte.

Del Bayan al-Mugrib, de Ben Idhari

(según versión francesa de Fagnan, II, 463, 466)

ALMANZOR ORDENA LA EJECUCIÓN DE UNO DE SUS HIJOS

El año 379 (11 abril 989), Al-Mansur hizo matar a Abd al-Rahman ben Mutarrif, gobernador de Zaragoza y de la Frontera Superior. Tal jefe, al reflexionar sobre el fin que habían sufrido por orden de Al-Mansur los principales jeques (de al-Ándalus), suerte a la que solo él había escapado hasta allí, había comenzado a temer que acabaría siendo tratado como ellos. Sucedió a la postre lo que estaba escrito, y el destino le movió a conspirar contra Al-Mansur. Le estimuló mucho a ello el hijo del mismo, Abd Allah ben Al-Mansur. He aquí lo ocurrido.

Abd Allah residía en Zaragoza cerca de Abd al-Rahman y estaba amargado contra su padre a causa de la preferencia de este por su otro hijo: Abd al-Malik. Abd Allah, en efecto, se consideraba mejor dotado que su hermano en valor e inteligencia, y más hábil guerrero a pie y a caballo, y juzgaba que su padre cometía una irritante injusticia colocándoles en el mismo plano, y con más razón prefiriendo a Abd al-Malik. Abd al-Rahman ben Mutarrif no dejó de atizar el fuego que abrasaba por ello al hijo de Al-Mansur. Convinieron entre ellos que Abd Allah aprovecharía la primera ocasión para atacar a su padre y acordaron que se repartirían España; la capital correspondería a Abd Allah y la frontera a Abd al-Rahman. Comenzaron entonces a preparar los medios para lograr sus fines y abrirse camino. Contaban con la complicidad de algunos jefes del ejército, de algunos funcionarios, etc., incluso en Córdoba, y les seguía, entre otros, el visir Abd Allah ben Abd al-Aziz al-Marwani, gobernador de Toledo. Pero corrieron rumores del complot que se tramaba y Al-Mansur verificó la autenticidad de los mismos y no pudo dudar. Hizo entonces venir a su hijo desde Zaragoza y, para adormecer su desconfianza, comenzó por testimoniarle mucho cariño y por ascenderle en su carrera. Alejó a Al-Marwani de Toledo, pero de la manera más tolerable, y después de algún tiempo le quitó el visirato y le confinó en su casa. Luego Ben Abi Amir emprendió una campaña contra Castilla y vinieron a unírsele tropas auxiliares de las fronteras y con ellas Abd al-Rahman ben Mutarrif y sus guerreros de Zaragoza. Cuando llegaron a Guadalajara, los habitantes de la Frontera, secretamente excitados por Ben Abi Amir, presentaron una denuncia contra Abd al-Rahman. Sirvieron de instrumentos a las órdenes del ministro y declararon que Ben Mutarrif sustraía sus sueldos para apropiárselos. Al-Mansur lo destituyó entonces de su mando en Zaragoza el 29 Safqr del 379 (8

junio 989), y le reemplazó por Ben Abd-al-Rahman Yahya, llamado Samacha, con la esperanza de asegurarse así la fidelidad de los Tuchibíes, tribu a la que pertenecía el último. Durante algún tiempo Abd al-Rahman ben Mutarrif permaneció aún en libertad, pero después fue detenido el martes 12 Rabi II (20 junio 989). Al-Mansur mostró entonces su cólera y ordenó que le tomaran cuenta de su gestión y más tarde fue muerto en Al-Zahira, ante los ojos mismos de aquel.

Al-Mansur, temeroso de que su hijo Abd Allah se excitara y se dejara arrastrar a algún movimiento subversivo, le hizo venir al campamento y le trató con dulzura, con el propósito de despertar en el mismo los mejores sentimientos para con él. Pero ello era difícil de lograr, porque tenía el corazón ulcerado y se hallaba poseído de un odio violento. Entre tanto, Al-Mansur estableció su campo bajo los muros de San Esteban de Gormaz y, mientras los musulmanes combatían la plaza, Abd Allah huyó con seis de sus pajes y se acogió al enemigo de Alá. García, hijo de Fernando, señor de Álava —conde de Castilla—, recibió al fugitivo y le protegió contra su padre. Al-Mansur acometió entonces a García para obtener que le entregara a su hijo, jurando que no cesaría de perseguir al cristiano hasta que le hubiese enviado a Abd Allah. Como García se obstinara en negarse a entregarle, Al-Mansur le venció, dispersó sus tropas, se apoderó de la mitad de Álava —Castilla—, tomó al asalto el castillo de Osma y estableció en él una guarnición musulmana. García se vio obligado a aceptar las condiciones que le impuso Al-Mansur, tanto por lo que hacía a Abd Allah como sobre los otros puntos señalados por su vencedor, y este consintió en tratar con él.

El príncipe cristiano confió a Abd Allah y sus partidarios a un grupo de sus hombres. Montados en mulas avanzaron hacia el campo musulmán, en el que fueron recibidos por Saad, funcionario agregado a la corte. Sobre su mula, fogoso y vestido con un traje de brocado de seda ricamente trabajado, Abd Allah llegó alegremente junto a Saad, porque se hallaba persuadido de que su padre le perdonaría. Saad le besó la mano, se mostró muy cortés y afirmó su confianza hablando de su rebelión como de una simple escapatoria. Pero no lejos del Wadi Chawfi (¿Duero?) se detuvo en la retaguardia y dio orden a algunos de sus soldados de proceder a la ejecución del prisionero, que fue en el acto rodeado por ellos y a quien se previno de que iba a morir. Ante esta nueva de la terrible suerte que le aguardaba, Abd Allah obedeció sin resistencia la orden de echar pie a tierra y marchó con serenidad hacia el puñal que le aguardaba, atestiguando una firmeza de ánimo que admiró a los testigos. Le decapitó Ben Jafif, de la policía, al ponerse el sol del 14 Chumada II 380 (8 septiembre 990). Al-Mansur,

que hacía entonces su campaña cuadragésima quinta, envió al califa la cabeza de su hijo con un parte de victoria. El cadáver del joven, que murió a los veintitrés años, fue inhumado en el mismo lugar de la ejecución. Pero como consecuencia de tal suceso, Saad y Ben Jafif llegaron a ser carga pesada para Ben Abi Amir, que concibió contra ellos un odio sin respiros y les hizo ejecutar después de haberles sometido a tortura. Al hacer decapitar a su hijo, Ben Amir vio aumentar el temor respetuoso que inspiraba y todos los corazones temblaban ante él.

A propósito de Abd Allah, el visir Abu Umar ben Abd al-Aziz escribe lo que sigue: Después de la ejecución del hijo de Al-Mansur, el pueblo fue presa del terror, sintió repulsión por el ministro, se habló mucho del caso y se aventuraron muchas conjeturas, sin que nadie hallase en la conducta de la víctima motivos para haber merecido la pena capital. Al-Mansur salió en seguida para otra de sus numerosas expediciones y cuando llegamos a Calatrava —continúa el narrador — nos invitó a una comida, en el curso de la cual, como la conversación recayese sobre Abd Allah, todos los invitados a la vez le hicieron la misma pregunta: «Alá ayude a Al-Mansur. Te has colocado, señor, por su muerte en una situación extrema y difícil de soportar. ¿Por qué le ejecutaste?». «He aquí el único motivo —respondió—: cuando me presentaron a su madre me enamoré de ella al punto y mi corazón fue sacudido por una pasión tan violenta que constituía una verdadera obsesión. Después de haberla comprado a un precio excesivo, la llevé a casa de uno de mis parientes, donde iba cada día a verla para informarme si estaba o no encinta. Cuando se dio cuenta de mi pasión amorosa, me dijo, por condescender a mis deseos, que el período legal de espera había terminado. Pero me mentía, con la intención de contentarme, avanzando la fecha fijada para el cumplimiento de mis apetitos. Me acosté con ella antes de que concluyera el plazo legal y yo dudaba de que Abd Allah fuese en verdad mi hijo». El fruto de tales relaciones nació en 358 (25 noviembre 968).

Más tarde tuvo lugar una conversación mordaz entre Al-Mansur y uno de los principales jefes beréberes: Zatarzun ben Nizar Barzali, que en una reunión donde el ministro le trataba familiarmente, le hizo esta pregunta: «¿Por qué, mi señor, hiciste ejecutar a tu hijo Abd Allah?», y continuó exaltando el valor y las calidades del difunto. «No lo sientas —dijo Al-Mansur—, porque si no me hubiese adelantado, me hubiese matado él. No tenía mi sangre. Cuando nació sospeché de la fidelidad de su madre, que era una esclava deshonesta. Ya se ha dicho que malas madres solo dan productos corrompidos». «Entonces, señor — respondió el ignorante Zatarzun—, ¿ha habido adulterio de la madre y crimen del padre?». «El miserable —exclamó Al-Mansur enrojeciendo— ha hecho mi

desgracia en vida y tras su muerte». El ministro se apartó del necio de Zatarzun, pero durante mucho tiempo su frase fue repetida en las conversaciones populares.

Del Bayan al-Mugrib, de Ben Idhari

(según versión francesa de Fagnan, II, 470)

PERSECUCIÓN

La cristiandad española, en otro tiempo tan floreciente bajo la dominación de los godos, ha caído por los altos juicios de Dios en poder de los sectarios del nefando Profeta, arrebatada por ellos la hermosura de sus iglesias y la alta dignidad de sus sacerdotes. Por nuestros pecados ha pasado nuestra herencia a manos ajenas y nuestra casa a gente extranjera. Nuestras aguas las bebemos por el dinero y tenemos que comprar nuestras propias maderas. No hay ya quien nos redima de las manos de los infieles, que, oprimiendo nuestros cuellos con un yugo gravísimo, procuran exterminar en los ámbitos de su imperio todo el linaje cristiano. Ya no nos permiten ejercer nuestra religión sino a medida de su capricho; ya nos agobian con una servidumbre tan dura como la de Faraón; ya nos sacan a pura fuerza un tributo insufrible; ya imponen un nuevo censo sobre las cervices de los miserables; ya, privándonos de todas nuestras cosas, procuran destruirnos cruelmente; ya, en fin, fatigando a la Iglesia católica con vario género de opresiones y persiguiendo de diversas maneras a la grey del Señor, creen que con nuestros daños prestan a su Dios un grato obsequio. ¡Cuánto más glorificaríamos nosotros al Señor si, desechando nuestra desidia, incitados por el ejemplo de nuestros mártires, les imitásemos esforzadamente, no sufriendo más el yugo de esta nación impía! Pero nosotros, míseros, nos recreamos en sus iniquidades, incurriendo en la censura del salmista, cuando dice: Mezcláronse con las gentes y aprendieron sus obras y adoraron sus ídolos. ¡Ay de nosotros que tenemos por delicia el vivir bajo la dominación gentílica, y no rehusamos estrechar vínculos con los infieles, y con el continuo trato participamos con frecuencia de sus profanaciones!

Llenos están los calabozos de catervas de clérigos; las iglesias se miraban privadas del sagrado oficio de sus prelados y sacerdotes; los tabernáculos divinos ponen su horror con su desaliño y soledad; la araña extiende sus telas por el templo, reina en su recinto el silencio más profundo. Confusos están los sacerdotes y ministros del altar, porque las piedras del santuario se ven esparcidas por las plazas; ya no se entonan los cánticos divinos en la pública reunión de los fieles; el santo murmullo de los salmos se pierde en lo más recóndito de las prisiones; ni resuena en el coro la voz del salmista, ni la del lector en el púlpito; ni el diácono evangeliza al pueblo, ni el sacerdote echa el

incienso en los altares. Herido el pastor, logró el lobo dispersar el rebaño católico, y quedó la Iglesia privada de todo ministerio sagrado.

Del Documentum Martyriale, de san Eulogio

(traducción Simonet, Historia de los Mozárabes, 411)

ASTUCIA Y CRUELDAD DE AL-MUTADID DE SEVILLA

LOS REINOS DE TAIFAS de mayor vitalidad y que alcanzaron mayor expansión en el sur de España fueron, como ya queda dicho, el de Granada y el de Sevilla. Mientras el primero logró dominar Jaén y Málaga, el segundo se extendió hacia el Estrecho y hasta el Algarbe, y consiguió, al cabo, señorear Córdoba. La grandeza de las dos monarquías fue obra de sus dos soberanos: Badis y Al-Mutadid. De raza diferente, de energía pareja, de ambiciones encontradas, su rivalidad no se extinguió sino con sus vidas. El sevillano no superaba al granadino en crueldad ni en escrúpulos morales, pero le vencía en astucia. Algunas anécdotas —las eternas flores de la historiografía hispanoárabe — nos descubre, a la par, sus ardides y su refinada e insaciable sed de venganza.

A su muerte (de Qasim ben Abbad) Sevilla y su territorio fueron gobernados por su hijo Abu Abd ben Muhammad ben Ismaili ben Abbad; pero el nuevo príncipe solo continuó poco tiempo las tradiciones que le había legado su padre, y en lugar de practicar una administración reparadora, buena y justa, obró como le plugo, sin control alguno. Era un hombre enérgico, activo, violento y de firme corazón; por su penetrante inteligencia preparaba de lejos las cosas y fue favorecido por la suerte. No cesó hasta desembarazarse de los visires (compañeros de su padre): mató a unos a sangre fría, a otros les arrojó del país y a otros les hizo morir a disgustos o dejándoles en la miseria, hasta realizar su plan y convertirse en señor absoluto. Tomó entonces el nombre de Mutadid Billah... En 455 (1059) anunció al pueblo que Hixam (el esterero de Calatrava) acababa de morir. Declaró que el príncipe difunto le atribuía en su testamento la soberanía de toda la Península y entonces se consagró a conquistar nuevas provincias, y jefes de toda España reconocieron su autoridad.

Había hecho construir en el patio de su palacio horcas, que cubrió con cabezas de príncipes y jefes, en lugar de los arbustos que suelen encontrarse en las mansiones de los reyes. «¡Qué placentero es este jardín!», decía. En suma, nadie alcanzó en su época tal grado de energía, actividad, dureza y violencia. Se le comparaba al abbasí Abu Chafar Al-Mansur. Inspiraba temor tanto a los pequeños como a los grandes, sobre todo a partir del día en que mató, a sangre fría, al mayor de sus hijos, Ismail, destinado a sucederle. He aquí lo que pasó: Mutadid sabía por diversos informes llegados hasta él que si su hijo le deseaba

(de palabra) larga vida, en realidad soñaba con verle morir; pero cerraba los ojos y, dejándose llevar por una paternal negligencia, no se ocupaba de tal cosa. El resultado de su negligencia fue que una noche en que Ismail se hallaba ebrio intentó con sus esclavos y con algunos bribones escalar los muros del palacio donde residía su padre, con la intención de desembarazarse de él. Los porteros y los guardias despertaron y los asaltantes huyeron; pero uno de ellos fue apresado y confesó el proyecto de todos. Según otra versión, Ismail no figuraba entre los asaltantes y se habría limitado a darles órdenes y a ofrecerles una recompensa si mataban a su padre. Alá sabe la verdad. Mutadid prendió a Ismail, le confiscó los bienes y le hizo cortar la cabeza, y desde entonces inspiró el mayor temor a sus familiares, sin excepción alguna.

He oído decir que se desembarazó en La Meca de un ciego originario de la campiña de Sevilla que solía quejarse de él públicamente. Mutadid le había despojado de una parte de sus bienes y había él perdido el resto y caído en la miseria. Se había trasladado entonces a La Meca y allí maldecía, a diario, al príncipe sevillano. Lo supo este e hizo llamar a alguien que se preparaba para hacer la peregrinación (a la ciudad sagrada) y le entregó una cajita que contenía dinares untados de veneno. «No abras esta caja, le dijo, antes de entregársela en La Meca al ciego fulano. Salúdale de mi parte». Llegado a La Meca con el regalo de que era portador, el peregrino encontró al ciego, le entregó la cajita y le dijo que se la enviaba Mutadid.

Resistía el sevillano a creerlo. «¿Cómo, decía, Mutadid me ha arruinado en Sevilla y me hace regalos en el Hichaz?». Las palabras de su interlocutor acabaron, sin embargo, por tranquilizarle, y aceptó la cajita. La abrió en seguida, tomó una de las piezas de oro y la llevó a la boca, mientras daba vuelta a las otras en sus manos. Pero el veneno hizo su efecto y murió antes del anochecer. Asombra ver a un hombre, en la más alejada extremidad del Magrib, ocupado en hacer desaparecer a otro hombre en el Hichaz. De la misma manera se desembarazó de un muecín de Sevilla, que había huido a Toledo y allí le maldecía todos los días a la salida de la aurora, imaginando estar a cubierto de su odio por hallarse en tierra extraña. Pero Mutadid no descansó hasta conseguir suprimirle mediante un ardid, y uno de sus confidentes acabó trayéndole la cabeza del muecín.

Entre los príncipes que dominaban en las vecindades de Sevilla, los principales y los más temibles eran los beréberes Sinhancha y los Banu Birzal, establecidos en Carmona y en los alrededores, en territorio sevillano. Pero empleando ora la

astucia, ora la fuerza acabó por abatir su poder y por sembrar entre ellos el desorden, hasta que consiguió expulsarlos de la región y llegó a ser en ella señor indiscutido.

He aquí un ejemplo de cómo sabía emplear la astucia en su provecho. Vivía en Carmona un espía que le tenía al corriente de los asuntos de los beréberes. Tuvo un día necesidad de enviarle una carta, llamó a su presencia a un hombre, muy simple y sin malicia, de los alrededores de Sevilla, y le hizo desnudar y luego le hizo vestir una chupa, en uno de cuyos pliegues había ocultado el mensaje. «Vete a Carmona, le dijo; cuando estés cerca corta leña, forma un haz, entra en la ciudad y vete al lugar donde se ponen de ordinario los vendedores de leña; pero no vendas el haz sino a quien te ofrezca cinco dirhemes». Todo estaba convenido entre Mutadid y su agente en Carmona. El aldeano, conforme a las instrucciones recibidas, marchó a Carmona; en sus vecindades formó un haz de leña muy pequeño, porque era la primera vez que lo hacía; entró en la población y fue a situarse en el mercado de la madera. Algunos concurrentes a él le preguntaron cuánto quería por su haz, pero se alejaron riendo a carcajadas cuando le oyeron pedir cinco dirhemes por su mercancía. Y allí permaneció hasta la noche, molestado por las pullas de los compradores. «¿Es de ébano?», decía uno. «No, exclamaba otro, es de áloe», y en términos parecidos se burlaban otros. Al fin apareció el agente de Mutadid y le preguntó el precio del haz: «Cinco dirhemes», contestó el sevillano. «Te lo compro. Llévalo a mi casa», replicó el primero. Y comprador y vendedor se marcharon a la morada (del espía) y allí depositó (el palurdo) su carga y cobró su precio. Se disponía luego (el labriego) a retirarse, cuando (el confidente del rey de Sevilla) le dijo: «¿Dónde vas ahora? Los caminos no están seguros; pasa la noche aquí y mañana de mañana puedes volver a tu tierra.» El aldeano consintió en ello y fue llevado a una cámara donde el dueño de la casa le hizo servir de comer y, como si no le conociera, le preguntó: «¿De dónde eres?». «De los alrededores de Sevilla». «¿Qué te ha movido, amigo, a venir aquí, conociendo la crueldad y la ferocidad de los beréberes y la facilidad con que derraman sangre?». «La necesidad de ganarme la vida», respondió el aldeano sin descubrir que Mutadid le había enviado. La conversación se prolongó hasta que el sueño ganó al sevillano. Entonces el huésped le dijo: «Quítate el vestido, dormirás mejor y estarás más a gusto». Siguió su consejo y se durmió en seguida. El agente de Mutadid tomó entonces su chupa, descosió el forro, sacó la carta, la reemplazó por su respuesta y después la recosió, sin dejar huellas de lo hecho. Al día siguiente el forastero se vistió y volvió a Sevilla, se presentó en palacio y fue recibido por Mutadid. El príncipe le hizo quitar su chupa y le dio un hermoso vestido y el campesino se

retiró muy contento con él, sin saber por qué había ido a Carmona, e ignorando lo que había llevado y traído, mientras Mutadid tomaba la carta oculta en el forro de la chupa y se procuraba los informes que necesitaba.

Empleó en su administración y para consolidar su poder estratagemas y planes asombrosos, que en su mayoría no fueron descubiertos y que sería largo enumerar.

Del Kitab al-Muchib, del Marrakuxi

(según versión francesa de Fagnan, 81)

AL-MUTAMID, PRISIONERO

LA CIUDAD FUE ENTREGADA al saqueo y los beréberes tomaron a los habitantes hasta sus más mínimos efectos; los palacios de Mutamid fueron víctimas de las más vergonzosas depredaciones, él mismo fue cautivado y se le obligó a escribir a sus hijos Mutadd Billah y Radi Billah, instalados en las dos plazas fuertes de Ronda y de Mertola, que si querían resistir, nadie se les uniría. Su vieja madre unió sus ruegos a los suyos, y los dos imploraron su piedad, no ocultándoles que la vida de toda la familia dependía de su sumisión. Comenzaron por rehusar humillarse así y por desdeñar reconocer ninguna autoridad después de la de su padre; luego se dejaron ablandar por la piedad y tomaron en consideración los derechos de sus padres, nacidos, a la vez, de Dios y de la naturaleza. Uno y otro, por obedecer los preceptos divinos, salieron de las plazas fuertes que ocupaban, bajo la fe de los tratados más seguros y de las convenciones más firmes. Pero Mutadd fue en seguida despojado de todos sus bienes por el oficial a quien se entregó, mientras Radi fue traidoramente asesinado apenas salió de su fortaleza, tras lo cual se hizo desaparecer su cadáver. Mutamid y su familia fueron privados de todas sus riquezas e incluso sin la menor provisión (para su sustento) fueron trasladados a un barco, que les llevó a África, como si se tratase de un convoy fúnebre. Fue (Mutamid) desembarcado en Tánger, donde le encontró, durante los pocos días que allí pasó, el poeta Al-Husri, quien incluso en tal sazón no renunció a su deplorable costumbre de mendigar y de importunar a los poderosos. Le presentó versos que había compuesto en otro tiempo en su alabanza y añadió una nueva qasida que había escrito en aquella ocasión. Mutamid no poseía entonces sino 36 mizcales, a lo que me han dicho. Hizo con ellos un paquete, lo selló, añadió una breve poesía excusándose de la pobreza del regalo y se lo envió a Al-Husri. Este no respondió a tales versos, aunque versificaba fácil y rápidamente. Mutamid provocó su respuesta por una poesía que comenzaba así: «Di al que ha adquirido la ciencia, pero no la verdadera manera de servirse de ella: Había en la bolsa una poesía de la que esperábamos una contestación. Te concedimos una recompensa: ¿nuestros versos no merecen otra?».

Al saber lo que Mutamid había hecho por Al-Husri, los poetas de alma vil y los mendigos inoportunos se precipitaron junto a él, siguiéndole los pasos, y abandonaron sus valles retirados para venir a su encuentro. En esta ocasión el

príncipe dijo: «Todos los poetas de Tánger y del Magrib se han reunido en la región del Oeste para pedir a un cautivo lo que le sería muy difícil concederles, porque él mismo tiene más necesidad que ellos, ¿se ha visto jamás nada parecido?».

Mutamid estuvo algunos días en Tánger, en la situación relatada. De allí le llevaron a Mequínez, donde algunos meses más tarde llegó la orden de trasladarle a Agmat. Allí habitó con los suyos hasta su muerte el año 487 (1094-1095) o 488, según otros. Tenía cincuenta y un años y fue enterrado en tal población, donde su tumba es muy conocida.

La situación de Mutamid en Agmat fue tal que sus mujeres preferidas y sus hijas más queridas hubieron de ponerse a hilar y llegaron a vender sus trabajos, a fin de mejorar un poco el estado a que habían sido reducidas. Trabajaban para un bajo oficial de la guardia de su padre.

Del Kitab al-Muchib, de Abd Al-Wahid al Marrakuxi

(según versión francesa de Fagnan, 119, 121, 124 y 131)

PERVERSIÓN

VIVÍA EN ZARAGOZA un mancebo llamado Yahya ben Yatfut, de los Banu Yafran, que se había criado en casa del rey de la ciudad, Al-Muqtadir ben Hud. Aprendió equitación y bellas letras, y era tan hermoso, atractivo y agudo, que Ben Hud se prendó de él, y aunque ocultó algún tiempo su amor, no pudo al cabo reprimirse, y le escribió (muttat):

¡Oh gacela! Dime, por Dios,

cuándo te veré presa en mis redes.

La vida se me pasa, y mi alma

languidece, por no lograr tu amor.

El mancebo le respondió al dorso del billete:

Si es verdad que soy gacela, tú eres

el león que quiere arrebatarme,

y nunca me había pasado por las mientes

el establecerme en tu selva.

Y añadió debajo de estos dos versos: «Esta contestación es la que exigen las leyes de la poesía. Pero, después, te digo: He puesto mi brida en mano de mi señor. ¡Ojalá me conduzca a lo que deseo y no a lo que aborrezco! Y lo que

deseo es que exista entre nosotros un amor que entrañe un perdurable y puro afecto, pero seguro de que no ha de seguírseme vergüenza ni castigo divino».

De Al-Maqqari

(traducción García Gómez: Al-Ándalus, V, 42)

EL LUNAR

En la mejilla de Ahmad hay un lunar que hechiza a todo hombre libre de amor:

Parece un jardín de rosas cuyo jardinero es un abisinio.

Del poeta granadino Abd Al-Aziz Ben Habra, apodado Al-Munfantil (siglo XI).

DESEOS

Una casa bien abastecida, una puerta nunca cerrada, y el raque y la tinaja y el porrón y el vaso.

Y un amigo al que pueda besar en la noche, de natural dulce y en cuyo beso no haya mal.

Y si no es posible lograrlo o sus pretensiones son excesivas, pues la copa, la bolsa y el diablo.

Del médico Ben Zuhr (Avenzoar), m. 1162.

EL VELLO

Era barbilampiño, de un puro color de oro, capaz de hacer llorar de amor a una nube sin agua.

Cuando le salió el vello no lo podía soportar, como un potro es indócil a la incógnita brida.

Al verme, bajaba la cabeza desolado y se revestía de timidez.

Pensaba que el vello haría cesar en mí el cariño que por él sentía.

Mas yo no vi en el vello de sus mejillas más que tahalíes que ceñían los sables de su mirada.

De Ben Rasiq, de Masila (1000-1070)

LA MARGARITA

Un airoso mancebo giraba en nuestro torno, llenando las copas y reavivándolas, a la hora en que el sol ya se había levantado y había ya brillado la aurora.

El jardín nos había mostrado sus anémonas y daba su perfume al mirto, oscuro como el ámbar.

«¿Dónde está la margarita?», dijimos, y el jardín nos contestó: «La he dejado en la boca de quien sirve los vasos».

Y el copero lo negaba, pero cuando sonrió se descubrió el secreto.

De Ben Al-Zaqqaq, de Alcira (m. hacia 1135)

EL MANCEBO SASTRE

¡Hijos de Mujira! En vuestra tribu tengo un pequeño antílope, al que la sombra de vuestras lanzas dispensa de buscar escondite entre los espinos.

El caballo de su taburete está orgulloso de sustentar a este héroe, armado con solo una aguja, que parece una pestaña de sus párpados; aguja que, revoloteando sobre el vestido de seda que cose, parece una estrella fugaz, seguida del rastro de luz del hilo.

Toda lengua quisiera ser acerico de su aguja cuando termina de bordar los vestidos rayados.

Cuando tuerce el hilo, el hilo tuerce mi corazón. ¡Ojalá mi corazón pudiera seguirle como el hilo!

De Ben Jaruf, de Córdoba (m. hacia 1220)

EL MANCEBO CARPINTERO

Aprendió el oficio de carpintero, y yo me dije: «Quizá lo aprendió del aserrar de sus ojos en los corazones».

¡Desgraciadamente los troncos que se apresta a cortar, unas veces tallándolos y otras golpeándolos!, ahora, que son maderos, comienzan a coger el fruto de su delito, de cuando, siendo ramas, se atrevieron a robar la esbeltez de su talle.

De Muhammad Ben Galib Al-Rusafi,

de la Rizafa de Valencia (m. 1177).

EL MANCEBO TEJEDOR

Me decían, insistiendo en censurarme porque le amo: «Si no te hubieras enamorado de un muchacho vil, de baja condición...».

Yo les contesté: Si yo pudiera mandar en mi amor, tampoco le querría, pero ese poder no lo tengo.

Le amo por sus dientes como burbujas, por lo perfumado de su aliento, porque sus labios son dulces y hechiceros sus párpados y sus ojos.

Es una pequeña gacela, cuyos dedos no cesan de moverse entre los hilos, como mi pensamiento, al verlo, se mueve siempre entre galanterías.

Sus dedos juguetean alegres con la lanzadera sobre el telar, como juegan los días con la esperanza, oprimiendo la trama con sus manos o apretándola con sus pies, parece un gamo que se debate preso entre las redes.

Del mismo. De los Poemas arábigo-andaluces

de García Gómez

ODIO A CRISTIANOS Y JUDÍOS

UN MUSULMÁN NO DEBE dar masaje a un judío ni a un cristiano, así como tampoco tirar sus basuras ni limpiar sus letrinas, porque el judío y el cristiano son más indicados para estas faenas, que son faenas para gentes viles. Un musulmán no debe cuidar de la caballería de un judío ni de un cristiano, ni servirle de acemilero, ni sujetarle el estribo, y si se sabe que alguien lo hace, repréndasele.

Debe prohibirse a las mujeres musulmanas que entren en las abominables iglesias, porque los clérigos son libertinos, fornicadores y sodomitas. Asimismo debe prohibirse a las mujeres francas que entren en la iglesia más que en día de función o fiesta, porque allí comen, beben y fornican con los clérigos, y no hay uno de ellos que no tenga dos o más de estas mujeres con que acostarse. Han tomado esta costumbre por haber declarado ilícito lo lícito y viceversa. Convendría, pues, mandar a los clérigos que se casasen, como ocurre en Oriente, y que, si quieren, lo hagan.

No debe tolerarse que haya mujer, sea vieja o no, en casa de un clérigo, mientras este rehúse casarse. Obliguéseles, además, a circuncidarse, como les obligó Al-Mu'taid Abbad, pues si, a lo que dicen, siguen el ejemplo de Jesús (¡Dios le bendiga y salve!), Jesús se circuncidó, y precisamente ellos, que han abandonado esta práctica, tienen una fiesta, que celebran solemnemente, el día de su circuncisión.

Ningún judío debe sacrificar una res para un musulmán. Se ordenará que los judíos tengan tablas de carnicería especiales para ellos.

No deben venderse ropas de leproso, de judío, de cristiano, ni tampoco de libertino, a menos que se haga conocer al comprador el origen. No se debe tomar masa de un leproso, como salario por la cochura de su pan. Tampoco se comprará de leprosos huevos, pollos, leche ni otro producto, sino que ellos han de comerciar entre sí.

No deberá consentirse que ningún alcabalero, policía, judío ni cristiano, lleve atuendo de persona honorable, ni de alfaquí, ni de hombre de bien; al revés,

habrán de ser aborrecidos y huidos. Tampoco se les saludará con la fórmula «La paz sea sobre ti» (al-salamu-alaykum), porque «Satán se apoderó de ellos por entero y les hizo olvidar el nombre de Dios; constituyen el partido de Satán, y, en verdad, el partido de Satán es el de los que pierden». Deberán llevar un signo por el que sean conocidos, por vía de humillarlos.

Debe suprimirse en territorio musulmán el toque de campanas, que solo han de sonar en tierras de infieles.

No deben venderse a judíos ni cristianos libros de ciencia, salvo los que traten de su ley, porque luego traducen los libros científicos y se los atribuyen a los suyos y a sus obispos, siendo así que se trata de obras de musulmanes. Lo mejor sería no permitir a ningún médico judío ni cristiano que se dedicase a curar a los musulmanes, ya que no abrigan buenos sentimientos hacia ningún musulmán, y que curen exclusivamente a los de su propia confesión, porque a quien no tiene simpatía por los musulmanes, ¿cómo se les ha de confiar sus vidas?

Del Tratado de Ben Abdun (traducción García Gómez:

Sevilla a comienzos del siglo XII,

n.º 153, 154, 157, 164, 169, 196 y 206).

DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO DE HÉRCULES EN CÁDIZ

HE AQUÍ EN QUÉ CONDICIONES Ali ben Isa (Ben Maimun) demolió el templo de Cádiz. Se le había hecho creer que estaba construido encima de enormes tesoros y que estaba lleno en su interior de polvo de oro. Hizo entonces venir braceros y albañiles que empezaron a sacar las piedras del aparejo de mampostería (que servía de base al templo). Cada vez que era cortada una, se apuntalaba con vigas el hueco que había dejado. La masa enorme del templo llegó así a estar solo sostenida por rodrigones. Se prendió fuego en seguida al armazón, después de haber unido las vigas entre sí por medio de pedazos de madera. Se derrumbó entonces todo en medio de un estrépito espantoso. No se pudo extraer de los escombros sino el plomo que unía las piedras unas a otras y el cobre de que estaba hecha la estatua, que era cobre dorado. Se demostró entonces claramente toda la inutilidad de la empresa de Ben Maimun. Se decía que quien demoliera el templo de Cádiz moriría de muerte violenta, y eso ocurrió.

Las gentes de la península de Cádiz pretenden haber oído decir siempre que los navegantes que se lanzaban al océano y se dirigían hacia alta mar, cuando el templo de Cádiz no era ya visible para ellos, veían aparecer otro parejo. Al llegar a él y pasar más allá y perderle de vista, se presentaba a sus ojos un tercer templo. Cuando habían dejado atrás así siete templos habían llegado a la India. Esa tradición es generalmente admitida en la población de Cádiz, que la conoce y propaga, transmitiéndola de generación en generación.

Se dice también que cuando Hércules construyó el monumento se dirigió hacia el país de los beréberes. Llegó primero a la ciudad de Ceuta, en el estrecho que sale del mar circundante (el Atlántico). Conquistó sin detenerse ciudad tras ciudad y acabó por llegar a Libia, y después a Tracia. Allí cayó enfermo y sufrió dolores corporales. Como estos aumentaron, encendió una hoguera y se arrojó a ella y el fuego le consumió enteramente, a pesar de que no se proponía sino quemar los dolores de su cuerpo. Tal acto prueba que era un adorador del fuego. A su muerte, sus tropas se dispersaron y los magos hicieron de él un ídolo al que rindieron culto.

Del Kitab al-Rawd al-Mitar, de Abd al-Mun’im Al-Himyari

(según versión francesa de Lévi-Provengal:

La Péninsule Ibérique au Moyen Age, 173).

TRISTE FIN DE UN HISTORIADOR POLÍTICO

A PRINCIPIOS DEL AÑO 776 (1374), el sultán Abu-l-Abbas llegó a apoderarse de la Villa-Nueva, capital del Imperio, y se dejó gobernar por su visir, Muhammad ben Utzman, que tenía por lugarteniente a Sulayman ben Dawud. Proclamado sultán en Tánger, se había comprometido con Ben al-Ahmar (Muhammad V) a entregar a Ben al-Jatib, ministro tránsfuga que había excitado a Abd al-Aziz a intentar la conquista de España.

Después de haber abandonado la ciudad de Tánger, el sultán Abu-l-Abbas tuvo un encuentro con las tropas de Abu Bakr ben Gazi bajo los muros de la Villa-Nueva, tras de cuyas murallas se habían refugiado, viéndose obligadas a sostener un sitio. Ben al-Jatib comprendió entonces el peligro que le amenazaba y se encerró en la ciudad con el visir. El sultán, habiéndose posesionado de la plaza, dejó tranquilo a Ben al-Jatib por algunos días; mas luego mandó arrestarle por consejos de Sulayman ben Dawud. Este ministro profesaba a Ben al-Jatib un odio mortal: cuando Ben al-Ahmar (Muhammad Y) estuvo refugiado en África, había conseguido de él la promesa formal de que, una vez restablecido en el trono, nombraría a Sulayman comandante de los voluntarios de la fe. Sentado nuevamente en su trono este Ben al-Ahmar, Sulayman solicitó de él el cumplimiento de lo ofrecido; pero Ben al-Jatib se opuso a ello, razón por la cual Sulayman regresó a África, abrigando contra Ben al-Jatib un odio secreto que suspiraba continuamente por la revancha.

Cuando el sultán de Granada tuvo noticia de que había sido arrestado Ben al-Jatib, envió una comisión presidida por Abu Abd Allah ben Zamruk, con objeto de conseguir el castigo del exministro. A petición de este, Ben Zamruk, que le había sucedido en el cargo, el sultán de Marruecos mandó que Ben al-Jatib compareciera ante una comisión compuesta de altos dignatarios y consejeros de Estado. Acusado de haber insertado en sus escritos algunas proposiciones malsonantes, fue encarcelado después de haber sido sometido a la tortura. El jurado deliberó luego si procedía además imponer la pena capital por las dichas proposiciones. Algunos jurisconsultos votaron por la muerte, dando así ocasión a Sulayman de saciar su sed de venganza. Por órdenes secretas de este, algunos miserables que tenía a su servicio reunieron por la noche una gavilla de gente asalariada, a la cual se unieron los enviados españoles: forzaron las puertas de la

prisión y estrangularon a Ben al-Jatib. Al día siguiente se le enterró en el cementerio de la Puerta de Mahruc, y al otro día se descubrió que el cadáver había sido sacado de su tumba para hacerle desaparecer por el fuego: hallábase extendido al borde de la fosa, con los cabellos consumidos y la cara ennegrecida por la acción del fuego. Se le enterró nuevamente, y así terminaron las desdichas de Ben al-Jatib. El público se indignó por tal infamia, y no vaciló en atribuir esta escandalosa profanación a Sulayman ben Dawud, a sus criados y demás dependientes de su administración.

Durante los días de su prisión, el desventurado Ben al-Jatib se preparaba a bien morir; aún tuvo el valor suficiente para coordinar sus ideas y componer muchas elegías sobre el triste fin que le esperaba. En una de estas composiciones se expresaba así:

«¡Aunque estamos cerca de la parada (terrestre), nos hallamos ahora alejados de ella! Habiendo llegado al lugar de la cita (sepulcro), guardamos silencio (para siempre).

»Nuestros suspiros se han detenido repentinamente, bien así como se detiene la recitación de la oración cuando se ha pronunciado el Kunut.

»Aunque éramos antes poderosos, ya no somos más que osamentas; en otros tiempos dábamos festines, hoy somos el festín (de los gusanos).

»Éramos el sol de la gloria; pero ahora este sol ha desaparecido, y todo el horizonte se conduele de nosotros.

»¡Cuántas veces la lanza ha derribado al que lleva la espada! ¡Cuántas veces la desgracia ha abatido al hombre feliz!

»¡Cuántas veces se ha enterrado en un miserable harapo al hombre cuyas vestiduras llenaban numerosos cofres!

»Di a mis enemigos: ¡Ben al-Jatib ha partido! ¡Ya no existe! ¿Y quién es el que no ha de morir?

»Di a los que se regocijan de ella: ¡Alegraos si sois inmortales!».

Del Kitab al-Ibar, de Ben Jaldun

(traducción Pons Boigues: Historiadores y geógrafos, 339).

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ (1893-1984) fue catedrático de Historia de España, miembro de la Real Academia de la Historia, Hijo adoptivo de Asturias y León y Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Escribió una obra muy extensa y fue uno de los principales medievalistas españoles. En Rialp ha publicado también Una ciudad de la España cristiana hace mil años.